REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Alabanza y vituperio de la lengua

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 28 DE ABRIL DE 1991,
EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

EXCMO. SR. DON FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. DON EMILIO ALARCOS LLORACH

MADRID
1991

ALABANZA Y VITUPERIO DE LA LENGUA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ALABANZA Y VITUPERIO DE LA LENGUA

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 28 DE ABRIL DE 1991,
EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

EXCMO. SR. DON FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. DON EMILIO ALARCOS LLORACH

MADRID
1991

Depósito legal: M-12237-1991

DISCURSO
DEL
EXCMO. SR. D. FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS

Señores académicos:

¿Qué mayor satisfacción podría haber para mí, modesto cultivador de las letras humanas, que ser admitido como miembro de número en esta Academia, la de más rancia tradición de todas y la que ha agrupado desde sus comienzos a los más insignes cultivadores de nuestra lengua española? Es un honor por el que, señores académicos, quiero manifestaros en este momento mi profunda gratitud.

Desde unos u otros puntos de partida hay algo común que nos une a todos: el cultivo, literario o científico, de nuestra lengua y de las disciplinas conexas con ese estudio. Pienso que mi dedicación a las letras clásicas me hace continuar en la Academia el papel que desempeñó Antonio Tovar y el que habría desempeñado Manuel Fernández-Galiano si su prematura muerte no se lo hubiera impedido. Pienso que disciplinas que también he cultivado, como la Lingüística General, la Lexicografía y la Lingüística Indoeuropea, pueden justificar en cierto modo mi presencia. Pero no puedo evitar un sentimiento de timidez al penetrar en el hogar más íntimo de la lengua española. Lo debo sólo a vuestra benevolencia.

Y sucede, además, que esta silla «d» que voy a ocupar fue, en su día, para no hablar de tiempos más remotos, la

de D. Miguel Asín Palacios, el fundador de nuestros estudios de arabismo, y el de D. Dámaso Alonso. Nunca lo habría esperado, en verdad.

Suceder a D. Dámaso, aunque sea por un azar de la vida, es, al tiempo que un honor insigne, inmerecido, una grave responsabilidad. Y empieza a serlo ya hoy, a la hora de hacer el *elogium* ritual, cual el que hacían los antiguos romanos a sus padres y antepasados.

Hay, efectivamente, otras muchísimas personas que podrían hacerlo mejor que yo, con más íntimo conocimiento. Para mí fue siempre D. Dámaso, no Dámaso como para tantos y como resuena repetidamente en sus versos. Cierto que lo conocí y pienso que me profesaba una benévola amistad, desde tanta distancia. Algo diré de ello. Pero mi conocimiento principal de D. Dámaso fue a través de sus libros: de sus libros de ciencia (en mi caso, fueron éstos los primeros), de sus libros de poesía.

Y sobre todo, en un momento inicial, a través de su *Poesía Española*: ese libro espléndido en el que confluían el crítico literario, el lingüista y el poeta y que inauguró tantos caminos para todos nosotros. Fue una obra que abría brecha y fue un faro para mí, personalmente: pienso que su huella es clara en algunos de mis libros.

¿Cuándo conocí yo a D. Dámaso? No puedo precisarlo exactamente. Yo era un chico que vino a Madrid el año 44 a hacer una tesis doctoral, que sólo aquí podía hacerse en aquel tiempo. Venía de Salamanca, de aquella Facultad de Filosofía y Letras donde cogí cariño al griego y a algunas cosas más. Me recuerdo subiendo la escalinata en cuyo re-

llano estaba el busto de D. Miguel: de D. Miguel de Unamuno, a quien de niños veíamos por la calle de la Rúa y por la carretera de Zamora; en mi caso, incluso en mi casa, pues era amigo de mis padres. En aquella Facultad yo había sido alumno de Antonio Tovar y compañero de Manuel Alvar; también había conocido allí a Rafael Lapesa, a Salvador Fernández Ramírez (de quien fui alumno en el Instituto) y a Angel Martín Municio. Mis relaciones con los hombres de esta casa son antiguas.

Venido a Madrid, tuve inmediatamente relación estrecha con otros académicos: Julio Caro, Manuel Fernández-Galiano, Emilio Alarcos (al que yo había visto fugazmente en Salamanca), Fernando Lázaro, Gonzalo Torrente, Pedro Laín. Y cuando entré como ayudante en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad que ahora es Complutense conocí a otros más: antes que a nadie, a Emilio García Gómez, Alonso Zamora y a D. Dámaso. No recuerdo, ya digo, la fecha. Antes del 50, desde luego.

Había más comunicación que ahora en aquella Facultad. Se coincidía, se hablaba. También me encontraba a D. Dámaso con frecuencia en Medinaceli y en el tranvía 78, que por veinticinco céntimos nos bajaba por la Castellana (ninguno teníamos coche): siempre benévolo y afable. Pero mi deslumbramiento vino, ya lo dije, de los libros, de *Poesía Española* en primer término en aquel tiempo. Y de oírle el discurso inaugural del curso del año 55-56 sobre *Poesía y Vida en Fray Luis de León.*

Luego le he oído muchas veces, pero aquella primera experiencia es la que se me grabó más viva. ¡Qué arte del

estilo el de su prosa, el de la viva representación de un actor que disimula que lo es! ¡Qué dominio del matiz y el claroscuro: la alegre acogida a la nueva juventud que llega, el drama humano de Fray Luis, la invitación, al final, a la meditación y el estudio: «tiempo para la lámpara, para las silenciosas bibliotecas, para la grata lectura»!.

Y yo no sabía, entonces, que el doble plano de angustia y esperanza en Fray Luis era el de él mismo, aunque se ocultara con gesto elegante. Sólo más tarde leí *Hijos de la Ira* y supe algo de su biografía.

Muy pocos años después, tras ese episodio, coincidí con él en la Universidad de Heidelberg, donde yo ampliaba estudios y él daba conferencias. Allí conocí al Dámaso vital, rebosante de anécdotas (también de la Academia), de sentido de la amistad, de ironía. Incluso a costa de sí mismo. Repetía aquella ocurrencia sobre las conferencias en Madrid: «Mal se presenta la semana. Lunes, conferencia de Mengano; martes, conferencia de Zutano; miércoles, conferencia de Perengano. Jueves, ¡horror!, conferencia mía!».

Pero no voy a seguir desgranando recuerdos personales, ínfimos en todo caso en relación con los que otros podrían presentar. Sólo uno: es ahora cuando leí *Hijos de la Ira*, del que había oído comentarios entre divertidos y pacatos por aquello de «los puñeteros insectos». Después he leído la poesía que D. Dámaso fue publicando intermitentemente hasta el año 85.

Y surge la pregunta: ¿quién es este hombre, Dámaso? (Pienso que ahora, muerto ya, puedo llamarle así). ¿El

ameno e irónico conversador, el hombre lleno de apetencias vitales («estoy vivo y toco»), el impaciente e irritable que fustigaba a los insectos de Chamartín, el neurótico que arrastraba de hotel en hotel una cortina negra para tapar las ventanas y que no entrara ni una mínima luz? ¿O el profesor rodeado de discípulos y, sobre todo, el estudioso rodeado de los grandes libros de nuestra literatura, de los espíritus gemelos con los que apacentaba el suyo propio? ¿O simplemente, un hombre angustiado por el horror del mundo, que buscaba desesperadamente una esperanza?

El era todo eso: un hombre dionisiaco como él mismo dijo, que oscilaba entre el terror, la angustia, la muerte, la dudosa esperanza, la belleza, la comunidad con el árbol, el moscardón azul, el río Carlos. Un hombre abrumado por el horror del mundo, de los monstruos, de sí mismo en sus momentos peores (pero también se amaba, nos confiesa). Por lo incomprensibles que son la vida y la muerte, por la soledad, por lo lejos que está Dios. Simplemente, un hombre que, además de todo esto, también quiere gozar y reír. Y que, como culminación de ser hombre, es un poeta.

El se sentía a sí mismo, antes que nada, como poeta. «Alejadme de ese tristísimo pedagogo» (de uno de los avatares de sí mismo), dice. Se hacía injusticia, a todas luces: habrá que argumentar contra él. Pero es que él prefería al poeta.

Hombre y poeta: hombre que ha pasado por todas las angustias humanas que contrastan con sus éxitos externos, y que, además de la angustia connatural al que es hombre, ha sufrido la de nuestra guerra civil, con sus desgarra-

mientos, y la de la guerra mundial. De ahí sus *Hijos de la Ira*, de ahí su protesta, su angustia, su búsqueda de una salida luminosa. «No estaba solo —dice—. ¿Cómo, si la mía no era sino una partícula de la doble angustia en que todos participábamos, la permanente y esencial en todo hombre, y la peculiar de esos tristes años de derrumbamiento, de catastrófica apocalipsis?».

Porque fue dura para Dámaso la guerra y los años que la siguieron, como para otros tantos. En la necrología que en el Boletín de esta Academia escribió Rafael Lapesa pueden verse sus sinsabores en todos los momentos. Y hubo de sufrir, incluso más que por sí mismo, por la persecución, el exilio, la muerte de tantas almas gemelas.

Pero todo esto quedaba iluminado por esa visión de la vida en doble plano que él vivió y que él conoció también en los libros: en Fray Luis, en San Juan de la Cruz y, antes, en Platón y Séneca.

Esa herida, siempre soterrada, volvía a la superficie, una y otra vez, en sus libros de poesía. Y entre la composición de uno y el siguiente buscaba la medicina, quizá el tranquilizante: sus estudios eruditos de literatura y lengua españolas. Porque su labor en este campo, desde el final de nuestra guerra, ha sido decisiva para nuestra cultura.

Algunos han reprochado a Dámaso que no se exiliara él también en el 39. Habríamos tenido más empobrecimiento todavía. Unos y otros, aquí y fuera, hemos tratado de realizar una obra complementaria y única en definitiva, destinada a un único destinatario, a nuestro pueblo, a todos los hombres, no a los gobernantes de cada ocasión.

Vuelvo atrás. Si yo veo bien las cosas, Dámaso fue un poeta enamorado de Rubén, Machado, Jiménez y los demás, que fue captado para el estudio literario y lingüístico por D. Américo Castro, por las lecturas de D. Ramón, por el Centro de Estudios Históricos. Y fue una gran suerte que, así, pudieran conjuntarse estudios y actitudes vitales que en otros países van por separado (cada uno en su «Fach»).

Se continuaba así una tradición de Alejandría: recordemos a Calímaco, el poeta que fue bibliotecario del Museo y erudito. De otra parte, casi sólo en España estudiamos al tiempo la lengua y la literatura: así hizo Dámaso, antes de él D. Ramón, luego tantos otros en el campo del español y, por qué no decirlo, en el de las lenguas clásicas. Pienso que es una tradición que no debe perderse.

Además, el talante poético de Dámaso contribuyó a limar las aristas del positivismo lingüístico que D. Ramón había importado de Alemania: él había iniciado ya esta vía. Su estudio de la lengua incluía matices históricos, sociales, literarios. Pero Dámaso fue más lejos: la unión de Lingüística y Literatura produjo sus estudios de Estilística —palabra que él aborrecía—.

En suma: produjo sus interpretaciones de Garcilaso, Góngora, Fray Luis, San Juan, Medrano y tantos poetas más. La vía del concepto y la vía de la forma coincidían así al servicio de una interpretación que descubría, en el fondo, almas gemelas, situaciones gemelas. También fuera del verso: su estudio sobre Erasmo así lo testimonia.

Dejo de lado los estudios dialectológicos, también importantes, incluidos en el primer volumen de sus «Obras Completas». A partir de aquí, unas someras fechas tratan de recordar lo más esencial de la actividad de Dámaso como estudioso de la poesía y del estilo: del 27 es la primera edición de las *Soledades*, del 42 es el libro sobre San Juan, del 48 el de Medrano, del 50 *Poesía Española*, del 55 el discurso sobre Fray Luis, del 61 el enorme estudio sobre *Góngora y el Polifemo*. Y ahora permitidme un mínimo excurso.

Permitidme que recuerde cuando, enseñando yo Griego en el Instituto del Cardenal Cisneros, de Madrid, los alumnos de Preuniversitario leían también el *Polifemo*. Recuerdo alguna vez en que, mientras ellos hacían algún ejercicio de clase, yo le tomaba a alguno la edición comentada de D. Dámaso y la repasaba. ¡Dichosa edad y siglos dichosos, decía D. Quijote y podría yo decir no menos quijotescamente, ya que no por otra cosa, sí al menos por lo que enseñábamos en el Bachillerato! ¡Unos años en que, durante el Ministerio de Ruiz Jiménez, los alumnos de Preuniversitario estudiaban a Homero y Virgilio y el *Polifemo* de D. Luis y D. Dámaso!

En fin. Excusad este leve punto de melancolía. Volvamos a D. Dámaso, aunque de él no hemos salido.

Del año 71 es su libro relativo a la traducción del *Enchiridion* de Erasmo, del 78 la edición de la *Epístola moral a Fabio*.

Y entre estos libros, incluso contra la voluntad de Dámaso, rebrotaba su poesía, hasta su *Duda y amor sobre el*

Ser Supremo, del 85. Y habría que insertar su labor en la Universidad, en la Academia, sus cursos y conferencias en Alemania y Norteamérica, en Hispanoamérica, en tantos sitios más, haciendo de portavoz de nuestra cultura, de puente entre unos y otros, de defensor de nuestra lengua.

Vida laboriosa la de Dámaso, el hombre que se interpela a sí mismo, se increpa a sí mismo (pero también se ama), se angustia y espera. Y trabaja. Ve su labor poética como la primera:

> *Y aquí —diré— Señor, te traigo mis canciones.*
> *Es lo que he hecho, lo único que he hecho.*

Corregiríamos, quizá: es lo más importante que he hecho. Pero su vida como profesor y como sabio, también cuenta. Después de todo, está enraizada en su vida misma, es parte de su angustia y su esperanza. Es todo parte de lo mismo. Y con todo ello aporta a los demás, nos ha aportado a nosotros, lo más vivo de su espíritu. Un espíritu tenaz, pugnaz, que podría haber tomado por divisa el lema horaciano de Fray Luis: *ab ipso ferro*. Sacaba fuerzas del mismo hierro que le hería.

Dámaso aborrecía la fealdad, la inmadurez, la pedantería, la incultura. También la vejez:

> *Y ya no veo a lo lejos de qué avenidas yertas,*
> *por qué puentes perdidos entre la niebla rojiza,*
> *camina un pobre viejo, un triste saco de hierba que*
> *ya empieza a pudrirse,*
> *sosteniendo sobre sus hombros agobiados*
> *la luz pálida de los más turbios atardeceres.*

Mucho debió de sufrir, mientras fue consciente. Pero él, que también temía a la muerte, que pedía que se alejara de la belleza de la muchacha aunque más tarde reconociera el imposible, la miró en un momento como la congelación ideal del verdadero yo, libre de la monstruosa corrupción de la vida: inversión de los términos, *oxímoron* que diría un retórico antiguo. Vio en la muerte una esperanza y ello más según avanzaba en su vida. Repitamos su verso, apliquémoslo, en este momento, a su persona:

Oh gloriosa luz, oh ilustre permanencia.

ALABANZA Y VITUPERIO DE LA LENGUA

1. *Alabanza y vituperio.*

En una «disputa» latina tardía de tendencia cínica, la *Altercatio Hadriani et Epicteti*, que se considera no anterior al siglo V d. C., se encuentran una pregunta y una respuesta que pueden abrir este discurso mío: *Quid est optimum ac pessimum? Verbum.* La palabra o la lengua son lo mejor y lo peor.

Estamos en el género de las disputas, y concretamente de las disputas entre el rey y el filósofo, que tan importante fue ya en el Egipto y la Mesopotamia antiguos: el *Libro de Ahikar* es el ejemplo más difundido. Continuó luego en pasajes bien conocidos de Heródoto y del libro de los *Reyes*, en obras de las literaturas india y helenística y en otras de las literaturas griega y latina del imperio, de la latina medieval, de la renacentista.

El filósofo contesta a Adriano y le alecciona sobre la excelencia y la perversidad de la lengua. No de otro modo en la *Vida de Esopo*, igualmente de carácter cínico, el esclavo Esopo alecciona a su amo Janto y a los filósofos amigos de éste[1]. Se nos cuenta (*Vida G*, 51 ss.) que, enviado el esclavo a comprar en el mercado lo mejor que hubiere, trajo lengua de cerdo una y otra vez. Reprendido, Esopo se defiende: de la lengua depende, dice, toda la filosofía y toda la cultura, todo el comercio, la vida política, la vida a secas.

Mala noche pasaron los filósofos con tanta lengua. Y el amo le dijo a Esopo, irritado, que trajera lo más podrido

y detestable que encontrara en el mercado. Trajo lengua otra vez. Y se defendió de los reproches: «de la lengua —dijo— vienen las insidias, los engaños, las peleas, los celos, las discordias, las guerras: no hay nada peor que la maldita lengua». Seguro que no discrepaba de la fábula rabínica según la cual Dios metió a la lengua en la prisión de los dientes, pero no por ello deja de hacer daño.

Menos mal que Esopo no saca la conclusión a que llegó otro filósofo, el cínico Secundo, cuando declaró que todo lo que había que decir en este mundo era tan poco grato que había decidido hacer voto de silencio, adelantándose a cartujos y trapenses. Aunque hacía una cierta trampa cuando contestaba por escrito a las preguntas de Adriano. Pero volvamos a la *Vida de Esopo*.

Nos encontramos[2] ante un género que relata en forma desgarrada la vida de Esopo, un hombre del pueblo que pasea su espejo crítico ante la sociedad. Un género emparentado con el anterior de las disputas y de difusión parecida; pienso que está en el origen de toda una línea de novela realista y satírica que culmina en nuestra Picaresca. Busca la paradoja y la refutación de las verdades aceptadas por unos y por otros. En nuestro pasaje, la *Vida de Esopo* sintetiza en un breve momento dobles posiciones que acepta y niega al mismo tiempo. Los dos géneros de la alabanza y el vituperio, ambos de tradición antigua y larga descendencia en la Edad Media, el Humanismo y aun después, se funden aquí por obra de la mente libre de los cínicos.

Nos van a servir estos dos pasajes de antecedente para tomar partido, nosotros, sobre los elogios y censuras del lenguaje que de los presocráticos para acá vienen haciéndose. Sin percatarse, a veces, sus autores de que insuficiencias y excelencias son dos caras de lo mismo. De que lo que es excelente desde un punto de vista mata otras excelencias y lo que es deficiente desde uno, es excelente desde otro. De que la lengua es tan compleja y múltiple, tan abierta y limitada como el hombre mismo. Pues el hombre se hizo hombre sólo cuando adquirió su capacidad lingüística; cuando creó esos gritos perfeccionados de monos de que habló Anatole France y que es lo poco y lo mucho que tenemos.

La verdad, no encuentro otro antecedente a esa inteligente, doble posición de los cínicos que la obra de los rétores y sofistas en Atenas cuando enseñaban a sus discípulos a argumentar *in utramque partem*. Sostenían sobre el mismo tema dos opiniones contrapuestas, una tras otra: las *Tetralogías* de Antifonte son un buen ejemplo. Era, de una parte, un ejercicio retórico de tipo práctico; de otra, un ejercicio en la relatividad de la verdad, propia de la sofística y que llega a la pregunta de Pilatos: «¿Qué es la verdad?».

Pero los cínicos afirman los dos contrarios. El sostener dos posiciones contrarias estaba, tradicionalmente, reservado a dos interlocutores distintos: en las antilogías de los sofistas y en su trasunto en los discursos enfrentados de Tucídides o de Eurípides. Debatían Pobreza y Riqueza en el *Pluto* de Aristófanes, Virtud y Vicio en las *Horas* de Pródico, los ratones del campo y la ciudad en la *Sátira* II 6

de Horacio, la Vida espiritual y la mundana en la *Comparación de las Vidas* de Gregorio de Nacianzo. Otras veces, de Platón en adelante y muy frecuentemente en la época del Humanismo, es el diálogo el género preferido para controversias de este tipo.

Pero en otros ejemplos no hay esa dualidad: se alaba una cosa y se critica la contraria. Para salirnos de las literaturas antiguas, un estudioso de la nuestra recordará al instante, sobre un tema derivado de los anteriores, el *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* de Fray Antonio de Guevara (Valladolid 1539) y, derivadas a su vez de éste, las *Coplas en vituperio de la vida de palacio y alabanza de aldea*, de Gallego, secretario del duque de Feria. La *Epístola Moral a Fabio*, entre tantas obras, está en la misma línea, que tiene una clara tradición horaciana y senequista.

Por lo que respecta a la lengua, el tema tratado en controversias de uno u otro tipo no es exactamente el que aquí va a ocuparnos. El tema es, preferentemente, el de los méritos respectivos de la lengua latina y las vulgares. Es el género inaugurado por el *De vulgari eloquentia* de Dante (1304-1305) y que tanta difusión tuvo en la época del Humanismo.

Pero los géneros básicos son, siempre, los de la alabanza y el vituperio; aunque, en lo relativo al ser de la lengua estas dos posiciones hayamos de espigarlas aquí y allá, lo mismo en la Antigüedad que en los tiempos modernos. Es lo que intentaremos, dentro del breve espacio de un discurso académico.

Porque, notablemente, no tenemos en la Antigüedad ninguna obra en elogio de la lengua y eso que bien habría tenido cabida dentro de un género que no sólo se ocupaba de elogios de personas: encomios de Píndaro, el de Helena de Gorgias, los de Agesilao y Evágoras obras de Jenofonte e Isócrates respectivamente, la *Apología de Sócrates* de Platón, los *elogia* de los antiguos romanos, etc. También admitía temas generales. Los cristianos escribían *Apologías* de su religión y los paganos podían hacer el elogio de la patria (Luciano) u otros más frívolos, como el de la cabellera (Dión de Prusa) o el de la calvicie (Sinesio) o la mosca (Luciano).

En realidad, hemos de aguardar hasta el Renacimiento para encontrar elogios de la poesía o de la lengua: y en este caso suele tratarse de la lengua latina o de alguna de las lenguas vulgares. El tema empieza con Dante y para el español produjo una bibliografía numerosa, recogida en un libro de Romera Navarro y en una *Antología* de Bleiberg[3]. También para otras lenguas, baste recordar *Defensa e Ilustración de la lengua francesa* de Du Bellay[4]. No hay, que sepamos, obras sobre la lengua en general. Pero sí sobre la poesía: citemos al menos el *Panegírico por la poesía*, anónimo de Sevilla de 1627; y la *Qüestión sobre el honor debido a la poesía*, de Lope.

Pero no es cosa de retrazar aquí la historia del género, tan copiosamente cultivado en la Edad Media y el Humanismo, de las alabanzas y elogios, género cuya obra más notoria es, sin duda, el *Elogio de la Locura* de Erasmo. Sólo queríamos notar sus orígenes y su difusión para ha-

cer ver que en él podrían haberse colocado tantos elogios de la lengua, de la Antigüedad a nuestros días, de los cuales vamos a hacer una pequeña antología.

Como vamos a hacer otra de los vituperios, que igualmente podrían encuadrarse en un género no menos antiguo e ilustre, puesto que va de los escarnios de los antiguos poetas griegos (un Arquíloco, un Hiponacte, un Alceo, un Aristófanes) a los discursos acusatorios de los oradores y a escritos de autores posteriores. Isócrates escribía contra los sofistas, Luciano contra el ignorante que compraba libros, Arístides contra las representaciones dramáticas, Sexto Empírico contra los Matemáticos (astrólogos, diríamos), etc. Y los cristianos arremetían una y otra vez contra los herejes en general, como Irineo, y contra toda clase de herejías.

Parece que, por fortuna, el género no fue tan fecundo en fechas medievales y modernas; aunque no faltan ejemplos, dentro de la polémica entre el latín y las lenguas vulgares.

Es claro que a la paradoja cínica sobre las bondades y malignidades de la lengua subyace el conocimiento de toda una tradición de elogios y vituperios de la misma, aunque no hubiera dado origen a obras literarias especiales, diríamos. Se trata en realidad de dos tradiciones, que exponían opiniones en los dos sentidos. Pero había además otra tradición, y ello es esencial, la de las antilogías, en que se mantenían opiniones contrapuestas sobre diversos temas. No sobre la lengua, ciertamente. Todo esto está en la base de los pasajes cínicos por los que hemos comenzado,

que contienen una novedad: afirmar simultáneamente posiciones contrarias.

Nótese que todas estas tradiciones cultivaban ya la paradoja: Gorgias defendía a Helena, la mujer que abandonó a su marido y su hija, y en el teatro la propia Helena o la Pobreza hacían su propia defensa; otros hacían el elogio de la calvicie o de la mosca; y el ratón de campo quedaba por encima del de ciudad. Como más tarde Erasmo elogiaba la locura y Guevara hacía que la vida de la aldea quedara por delante de la de la corte. Los cínicos llevaban la paradoja más lejos todavía: ambas posiciones tenían razón.

Y, sin embargo, procedían con una terrible seriedad, como era su estilo en medio de las paradojas y las sátiras. Sobre todo, cuando insistían en las desgracias procedentes de la lengua: los cínicos sólo veían el aspecto moral, no otros puestos de relieve por los denostadores de la lengua. Y prescindían, al hacer el elogio de la lengua, de estos otros puntos de vista que tienen que ver con la lengua como instrumento de conocimiento o de poder o como expresión del hombre.

Curiosamente, la elogiaban como factor cultural y político. Es algo que evidentemente reconocían, aunque ellos no gustaban ni de la cultura ni de la política. Es un elogio bien paradójico en boca de un cínico, aunque no lo sea en boca de un Isócrates, que veremos que lo hizo. Pero, en fin, el cínico quería hacer su *show*: estropear la paz mental de los filósofos después de haber estropeado su estómago. Y demostrar que lo inconciliable es conciliable y lo dado por cierto por algunos, no lo es tanto.

2. *Alabanza.*

Pero quizá sea esto suficiente como marco de esta exposición. Vamos, como decíamos, a hacer una breve antología de los elogios de la lengua: desde puntos de vista diferentes y en edades diferentes. No son coherentes entre sí, son hasta contradictorios. A veces se trata de elogio claro y manifiesto; otras, la valoración positiva de los rasgos que a la lengua se atribuyen, está en el contexto.

Mediante la lengua, el hombre describe el mundo, da forma verbal a su pensamiento, sentimiento y voluntad, actúa sobre los otros hombres. La visión máximamente optimista dirá que la lengua es una parte o al menos un revestimiento exacto de aquello que describe, dirá también que su estructura es la del pensamiento lógico; dirá que hace visible el mundo del sentimiento y que tiene poder.

Y puesto que la lengua es siempre un sistema de unidades que almacenamos en nuestro cerebro —un código, decimos—, unidades que se entrelazan luego conforme a ciertas reglas y ciertas latitudes combinatorias para formar mensajes orales, el máximo optimismo dirá que es un sistema simple y unívoco, claro, de fonemas, signos y reglas limitados. Y que los signos de la lengua son unívocos, con un único y claro significado, el mismo para todos los hablantes.

Todo esto es un poco pintar como querer, es cosa bien sabida. Es cierto en parte, lo es menos en otra. Pero es lo que querríamos que la lengua fuera. Y buena prueba es que, en la medida en que ha sido sentida como demasiado distante de la realidad y del pensamiento lógico, se han

creado las lenguas científicas y simbólicas que intentan llegar allí donde la lengua natural no llega. Y en la medida en que la lengua natural queda demasiado lejos de ciertas realidades complejas, del sentimiento, de la voluntad, se han creado las lenguas literarias y poéticas para tratar de llegar también ahí.

Pero hay que decir que la lengua científica y la lengua poética son también lenguas, llevan más lejos, sólo, ciertas virtualidades de la lengua. Y que también ellas están cargadas de problemas. Y que aquellas cosas que en la lengua natural, por oposición a la científica, se ven como defectos, son virtudes también. Así es de complejo el panorama.

Añadamos: las teorías lingüísticas que han tratado de describir la lengua como ese sistema simple de que hablábamos, sólo lo han logrado al precio de insuficiencias y trampas. El elemento de apertura, de indefinición, de infinitud que criticaban, existe en la lengua y es inútil ocultarlo. Y es uno de sus éxitos, por muchos riesgos que arrastre al propio tiempo.

Piénsese en el primitivo, en el niño, en el hombre ingenuo en general, que sólo poseen una lengua y que en un momento dado se ponen a reflexionar sobre ella. Ya se sabe, la lengua es la primera descripción del mundo, en ella está la primera ciencia común a todos. Para el primitivo o el niño el nombre de un barco o un pez es una propiedad del barco o el pez, tanto como puedan serlo sus características físicas. Hay nombres secretos que permiten apoderarse de la caza o huir de la fiera. El que entra en ciertas sociedades secretas africanas, en ciertas órdenes religio-

sas, la mujer que entra en el matrimonio en ciertos países que se consideran más ilustrados que el nuestro, cambia de nombre como si cambiara de esencia. *Nomina omina, nomina numina.*

Como debajo de la palabra *lobo* está el lobo y debajo de *mesa* la mesa (aunque hay muchas clases de lobos y de mesas y cada lengua clasifica de un modo diferente), el hombre ingenuo cree que debajo de *belleza* o de *justicia* hay una cosa estable, la misma siempre para todos. Cree saber qué son esas cosas, como lo creían saber los interlocutores de Sócrates, que luego se desengañaban. Pero el propio Sócrates también creía que esas entidades que hay debajo de las palabras existían y eran simples, sólo había que acertar a definirlas. ¿Qué habría pensado si, anticipándose en bastante más de dos milenios, hubiera sabido que Humboldt y luego Whorf decían que vemos el mundo a través del enrejado y las clasificaciones de nuestra lengua, cada uno?

Y, naturalmente, el pensamiento ingenuo no puede imaginar que entre oraciones y juicios o entre categorías gramaticales y lingüísticas, pueda haber diferencias. Se extrañaría de saber eso de que si Aristóteles hubiera sido chino el edificio lógico que construyó habría sido muy distinto. O que la Lógica moderna ve que en el *está* del griego, que es nuestro *es*, hay muchas relaciones diferentes. En cambio, al primitivo y a todos nosotros, cuando en un cierto momento nos despojamos de nuestros saberes racionales, nada nos extraña que las palabras tengan fuerza, como decía Gorgias: que sean conjuro, ensalmo, encantamiento.

Ya estamos otra vez en los griegos: parece que nos persiguen cuando intentamos hablar de cosas generales. Tengamos un poco de paciencia. Dejémosles hablar un tiempo, luego remontaremos el curso de la historia.

En la especulación griega sobre la lengua, como en tantas parcelas de la cultura griega, se unen el primitivismo y la superación de ese primitivismo. En lo fundamental, su concepto de la lengua considera a ésta solidaria con la ontología y la lógica. La lengua expresa el ser; la lengua expresa el pensamiento humano; la lengua es ese poderoso de que hablamos. Aunque también nacieron en Grecia las posiciones que contradicen o limitan esos asertos.

Cuando me expreso así, hablo de «lengua» como traducción parcial de *lógos*. Pues *glóssa*, que es «lengua» en el sentido anatómico, puede ser «una» lengua, «un» dialecto: solo su traducción latina *lingua* tomó el sentido abstracto de «lenguaje». Hay otros términos griegos, *épos* y *mythos* sobre todo, que sí se refieren al lenguaje: pero tampoco a la lengua en abstracto, sólo a tales o cuales textos o relatos.

Es en fecha posterior a Homero cuando tenemos ya *lógos* en un sentido abstracto. En la máxima amplitud de su significado se refiere, desde luego, al lenguaje; pero también a la razón que éste expresa; y al mundo entero que, se nos dice, rige. Es en Heráclito donde está el origen de la especulación sobre el *lógos* y, por supuesto, sobre la lengua. Es él quien nos transmite su primer elogio. Me he ocupado detalladamente de este tema en otro lugar[5]; aquí hablaré muy brevemente.

Cuando Heráclito nos habla de *lógos* se refiere a algo que se dice y se oye: a la lengua en general, no a ésta o aquélla. Pero *lógos* es algo más que la palabra: es la sabiduría, la ciencia que en ella se expresa y es también la doctrina del propio Heráclito. «No escuchándome a mí, sino al *lógos*», dice (fr. 50); es común a todos los hombres (1), si bien algunos están como dormidos al *lógos*, a diferencia del filósofo; el alma tiene *lógos* (45, 115).

Es, pues, un principio de conocimiento: con su ayuda Heráclito (1) analiza cada cosa según su naturaleza y explica cómo es. Tiene que ver con la «única sabiduría» (41) que existe y con verbos como «pensar» (*phronéein*), algo que es también «común a todos» (113), así como con el nombre de la «razón» (*nóos, phrén*).

Pero es que a la vez el *lógos* es propio del *kósmos* y de las partes del mismo: es su ley o norma o medida, algo que estructura su base material (el Uno o el Fuego) y su evolución. Palabra, pensamiento y mundo a que se refieren son en principio idénticos, aunque el *lógos* sea «profundo» y sólo el filósofo lo descubra.

Todo esto tiene que ver con la afirmación de Parménides (3) de que «lo mismo es el pensar que el ser» y con desarrollos posteriores bien conocidos. Desde el de Platón que en el *Crátilo* formula su método habitual diciendo (388 c) que «el nombre es un instrumento de enseñanza y análisis del ser como la lanzadera de un tejido» al estoico Crisipo que definió al hombre como *zôon logikón*, «animal lógico (o parlante)». Y a la identificación estoica del *lógos* en general con el Alma divina del mundo, Razón

Universal, Dios. A cualquiera le viene a la mente el himno a Zeus de Cleantes y el eco de estas u otras ideas próximas en el «en el principio era el *lógos*» del Evangelio de San Juan.

Pero bajemos, más modestamente, a la lengua. Toda la lucha de la filosofía griega en este campo, de los sofistas y Gorgias a Platón y Aristóteles y a los estoicos y cínicos y escépticos, ha consistido en romper esta identidad entre el mundo (o su íntima estructura o su soporte divino), la razón humana y la lengua: algo diremos más adelante. Pero de la construcción heraclítea, que en realidad no es sino una elevación a nivel filosófico de intuiciones primitivas, ha quedado todavía muchísimo en todo el pensamiento griego.

Y es una construcción que rebrota una y otra vez en la Historia de la Lingüística: unas veces por influjo griego directo o indirecto, otras, pienso, porque se trata de una constante de la mente humana, uno de sus dos modos de mirar la lengua y de construir la Ciencia en general.

Para el heraclíteo la lengua es «por naturaleza», responde al mundo que nombra, es la tesis bien conocida del Crátilo del diálogo platónico de este nombre: *gyné* «mujer» tendría que ver con *goné* «generación», Apolo es *apolúon* «el que descifra». Es la etimología estoica. Las palabras responden a las entidades que nombran de un modo simple y directo, significan una sola cosa, se organizan en oposiciones binarias de tipo exclusivo.

Y, de otra parte, el análisis oracional de Platón y, sobre todo, de Aristóteles es, ya se sabe, análisis lógico. Y las

partes de la oración o clases de palabras y las categorías gramaticales responden de igual modo a clasificaciones que se reputan como generalmente humanas.

Todo esto ha sido objeto, luego, a partir de los mismos griegos, de críticas cada vez más profundas. Pero es claro que un Sócrates o un Platón investigaban la realidad, fundamentalmente, a través de la lengua: cuando definían una palabra (forzando la lengua, con frecuencia) creían haber llegado a la definición de un fondo de la misma fijo y eterno. Aunque el Sócrates del *Crátilo* ofrezca reparos y en diálogos como el *Parménides* se debatan ya las relaciones entre lengua y verdad. Antístenes decía (Fr. 38 Decleva Caizzi) que «el comienzo de la educación es la investigación de los nombres».

Todo esto es optimismo, no sin mezcla de ciertas dudas, sobre la palabra y la lengua en los planos ontológico y epistemológico. Y yo querría hacer ver que este optimismo no es solamente propio de un momento primerizo. Contiene algo tan profundamente humano que parte al menos de él se conserva o rebrota, ya lo he dicho, a través de las edades.

Los griegos se manifestaron siempre extrañamente intactos a la reflexión relativista derivada del conocimiento de otras lenguas que tenían a la mano y conocían: el griego era para ellos «la» lengua y esta consideración fue conservada por el latín en la época del Imperio y en la Edad Media. San Isidoro hacía etimologías que continuaban las de los estoicos: *cadaver* era *caro data vermis*, «carne dada a los gusanos». Los cinco casos del latín respondían a cin-

co categorías lógicas y se reencontraban, *velis nolis*, en las lenguas americanas cuyas gramáticas se escribían desde el siglo XVI, por no hablar de las del castellano o el italiano o el francés.

Y, de otra parte, los modistas medievales, por muchos que fueran sus distingos, establecían una relación estrechísima entre realidad, mente y lengua. Esto no es sólo cosa de la Edad Media. El Brocense trataba de justificar la gramática de la lengua latina mediante principios de orden universal. Para Descartes es la razón la que encuentra su expresión en el lenguaje, aunque distingue entre un lenguaje absoluto, universal y los usos normales. El esfuerzo por reencontrar la lógica en una lengua particular es lo que llevó a titular *Grammaire générale et raisonnée* a una gramática francesa, la de Lancelot y Arnaud (1660), destinada a la enseñanza en Port-Royal.

¿Está acabado hoy en día este modo de pensar? No ciertamente. Y es que es, al menos, parcialmente cierto. La lengua sigue siendo un instrumento esencial de conocimiento y de expresión del pensamiento. Aunque haya análisis de la realidad y modalidades del pensamiento que son simplemente alternativas. Aunque hoy podamos proponer, con Coseriu[6], que la «lógica» de la gramática es una lógica general, sometida a reglas de coherencia, no una lógica apofántica que implica normas particulares que dependen de la relación con la noción de verdad. Y podamos aceptar, con los estructuralistas, que las distintas lenguas representan diferentes sistemas, aunque haya principios comunes en la elaboración de todos ellos.

Pues bien, estas distinciones y el mismo estudio concreto y directo de los datos de tal o cual lengua, la conciencia de las diferencias entre las lenguas, tienden hoy a borrarse para muchas escuelas de Lingüística. Su optimismo va más allá del del Brocense, con cuyo nombre explícitamente se amparan; se aproxima, diría yo, al de Heráclito. Sólo que a veces la lengua que para ellos expresa la estructura del mundo y la de la mente humana no es ya el griego ni el latín, es más bien el inglés. O una síntesis del inglés y de viejos conceptos gramaticales heredados de la tradición greco-latina.

Esto es cierto, todavía, para los filósofos. He citado ya en alguna otra ocasión a Urban cuando dice que la lengua es el último y más profundo problema filosófico[7]; a Wittgenstein cuando afirma[8] que toda Filosofía es crítica de la lengua; a Carnap[9] cuando asegura que la Filosofía es idéntica con la investigación de la lengua. Nos encontramos en la línea que ve en la lengua nuestro instrumento principal en la búsqueda de la verdad, como ya postulaban Heráclito, Platón o Antístenes. Aunque formulaban, ciertamente, cauciones críticas que no eran ajenas a aquéllos pero que ahora son más explícitas. Planteadas las cosas así, ¿quién puede quitarles la razón?

Pero es diferente la cosa en el caso de ciertos lingüistas de orientación lógico-matemática —los transformacionalistas o generativistas— que ven en la lengua un sistema simple: una serie finita de unidades que, combinadas mediante una serie finita de reglas, generan una serie infinita de mensajes. Curiosamente, los elementos de base (clases

de palabras, funciones) son los de la gramática tradicional greco-latina; estarían, pues, en la estructura profunda de la lengua con un valor universal. En ella se resucitan, por ejemplo, sujetos «lógicos» que sufren delección en la estructura de superficie. O se declara, apodícticamente, que dos construcciones de la estructura de superficie, la lengua realizada, responden a una sola y única estructura profunda.

En realidad, el resultado de todo esto es dar valores fijos y absolutos, universales, a conceptos lingüísticos que se expresan con símbolos. Todo ello, a costa de una cierta arbitrariedad y de la renuncia al estudio de todo lo que es más creativo y personal en la lengua. Cuando se ha objetado, de otra parte, que conceptos como los de sujeto o adjetivo no son universales, se ha respondido con estructuras más profundas todavía, supuestamente valederas para todas las lenguas: así en Fillmore o Lakoff. Cada vez nos perdemos más en lo arbitrario y en lo que, en todo caso, no es lingüístico.

No voy a insistir aquí en el detalle de la crítica de estas gramáticas, iniciadas por Chomsky en 1957 como se sabe, ni del concepto de estructura profunda, de que en otros lugares me he ocupado[10]. Sin negar lo que de fecundo haya podido tener el reexamen de ciertos problemas desde nuevos puntos de vista, me resulta claro que nos encontramos ante un renacimiento del viejo logicismo y del viejo universalismo lingüístico. Chomsky se apoya en el Brocense y en el Universalismo lingüístico que florece ahora.

Pero ni son universales lógicos sus puntos de partida ni es hacedero el programa inicial de construir todas las fra-

ses de una lengua con series limitadas de nociones, unidades y reglas. Así fracasó ya, en su día, el «álgebra del lenguaje» de Hjelmslev, que tenía objetivos semejantes. Así fracasó el propósito inicial de Chomsky de lograr descripciones exhaustivas y coherentes de las lenguas.

Y ello pese a las terribles mutilaciones que, desde Saussure, sufrió el concepto de lengua para hacerla más fácilmente descriptible. Es una larga historia. Saussure relega a la *parole* todo lo que hay de más vivo y multiforme en el lenguaje y su evolución; reduce los signos a un solo significado, sin ambigüedad, sin neutralización. Esto es pintar como querer.

Luego, la escuela de Copenhague y los estructuralistas americanos, eliminaron la Semántica. No es cosa del lingüista, decían; es el zoólogo el que debe describir el elefante. Pero uno es el elefante del zoólogo, otro el del lingüista, que puede encontrarse hasta con tigres, y supongo que elefantes, de papel; con música callada, con polvo enamorado. Si algunos eliminaban la Semántica es porque era difícil y molesta. Reintroducida luego, es la gran cruz de los transformacionalistas y de la Gramática Funcional de Dik: no saben prácticamente qué hacer con ella, tantas son las propuestas contradictorias.

Estamos otra vez en la fase del optimismo, a la griega, si bien la multiplicidad de las propuestas, que cambian cada día, debería ponernos en guardia. Pero los griegos no eran tan optimistas, después de todo: Heráclito se atribuía el *logos* a sí mismo y lo negaba a muchos de sus conciudadanos que le pagaban con aquella famosa frase (105):

«que ninguno de nosotros sea el mejor; y si no, que lo sea en otro sitio y con otros». Y Platón, el hombre que frente a la ciudad real quiso construir «una ciudad de palabras», de *lógoi*, es decir, la ciudad ideal y verdadera, hubo al final de su vida de ir a Siracusa, donde sus discípulos querían fundarla, de mala gana ya. Sólo para que no se dijera que era un mero *lógos* (*Carta VII* 328 c). Hasta tal punto se planteaba, ante la dureza del mundo, la duda sobre la hipótesis ideal que unía palabra, hombre y verdad.

Pero si esta hipótesis rebrota una y otra vez es porque, decíamos, alguna parte tiene de verdad. Y la mayor prueba de ello es que, desengañados los hombres muchas veces de la lengua que recibieron, han acudido a crear ellos mismos una lengua ideal que respondiera a esos objetivos. Se trata, decíamos, fundamentalmente, de la lengua científica y de la literaria y poética. Son dos especializaciones de la lengua, logradas por selección, eliminación, creación: pero son lengua después de todo.

Aterrados ante las ambigüedades e imprecisiones de las lenguas naturales, hombres como Descartes y Russell propusieron la creación de lenguas científicas que las obviaran. Y ahí tenemos las terminologías científicas, formadas por palabras que se refieren a cosas precisas y se oponen en sistemas claros y que, además, son prácticamente internacionales: reflejan el mundo o lo que creemos, hoy, que es el mundo.

Pero no sólo esto: ahí tenemos las lenguas simbólicas de la Matemática y la Logística, que establecen relaciones de uno a uno entre significantes y significados y eliminan

la ambigüedad, la redundancia, las definiciones puramente contextuales. Utilizan la que Hockett[11] llamó la «language-like nature of Mathematics» y, añadamos, de la Logística y aun otras Ciencias.

Y tenemos las lenguas literarias, que buscan a su vez un desvelamiento de la realidad, de otras realidades. Pueden emplear la metáfora, con su poder de penetración, de que habló Goethe; la inesperada alianza de palabras (la *callida iunctura* de Horacio), mil recursos de estilo que no son sino el aprovechamiento de los recursos de las lenguas naturales, aunque sean recursos marginales o en frecuencias o distribuciones anómalas.

Ya para Mussato[12], en los siglos XII y XIII, la poesía logra un desvelamiento de la realidad: es *divina ars, altera philosophia, theologia mundi.* Y todos los poetas han manifestado ese anhelo de alcanzar la realidad a través de las palabras.

Béquer quisiera, nos dice en su primera *Rima*, escribir su himno gigante y extraño «del hombre / domando el rebelde, mezquino idioma, / con palabras que fueran a un tiempo / suspiros y risas, colores y notas»: y desespera de lograrlo, si no es cantándolo al oído de la amada. Juan Ramón Jiménez se limita a pedir ese don[13]: «¡Intelijencia, dame / el nombre exacto, y tuyo, / y suyo, y mío, de las cosas!» Y un poeta contemporáneo, Justo Jorge Padrón, del cual se ocupaba últimamente Manuel Alvar[14], lo da, en cambio, por cumplido, hablando del poeta: «el que ilumina la palabra sol / cuando la escribe, y cuando dice / pájaro / el aire es una ráfaga que canta en la maleza».

¿Qué decir de los contextos irrepetibles, complejísimos, que iluminan con nuevas luces y sombras una palabra, una frase? El heraldo del *Agamenón* dice al coro que reciba con alegría al rey triunfador que vuelve, tras arrasar a Troya. Pero el coro y el público han oído los pavorosos presagios sobre la ruina de los que arrrasan las ciudades y no es alegría, es terror lo que sienten. ¿Y qué decir del *Heinrich! Heinrich!* que cierra la primera parte del *Fausto* y que resume toda su tragedia?

No se trata sólo del sentido de las palabras. Se trata de las extrañas alianzas en que entran y que definen una más alta realidad; de las alteraciones de la sintaxis normal, que crean nuevas aproximaciones entre las cosas; de las unidades literarias, nuevos signos complejos que llegan hasta la obra total, irrepetible.

La lengua, ese instrumento inigualado, casi mágico, para descubrirnos y descubrir el mundo tiene fallos y lagunas. No es suficiente: hacen falta la crítica, la Ciencia, la Poesía, que modifican esa misma lengua desde sus mismos principios. En los momentos de optimismo todo esto no se ve, sólo permanece la imagen gloriosa. Y se recorta la misma realidad de la lengua para mejor y más fácilmente describirla y reducirla a esquema y fórmula. Pero ni esas lagunas estorban a ese carácter de la lengua de instrumento de investigación y pensamiento: de ser capaz, incluso, de investigarse y criticarse a sí misma. Ni esas lagunas dejan de tener una contrapartida.

Nos hemos extendido tanto en las descripciones de la lengua en su conexión con el mundo y el conocimiento

que apenas tenemos tiempo para decir algo sobre sus capacidades extrarracionales: sus capacidades impresivas y expresivas, para hablar con Jacobson. Ya lo dijimos: la lengua es para Gorgias un gran poderoso, *mégas dynástes* (*Helena* 8). ¿Cómo Helena habría podido resistir al *lógos* de Paris? Y si el teatro ejerce, nos dice el propio Gorgias, una *dikaía apáte*, un engaño justo, y es más sabio el que se deja engañar que el que no lo hace (Gorgias B 23), continúa con ello la línea de los antiguos hechizos que encadenaban mágicamente.

Otras veces la palabra impera sobre la naturaleza. Cura, por ejemplo: básteme referirme al libro de D. Pedro Laín sobre *La curación por la palabra en la Antigüedad Clásica*[15]. Las hechiceras tesalias hasta podían hacer bajar la luna. El *Génesis* va más allá: Dios dijo *fiat lux* y la luz se hizo.

No insisten demasiado los antiguos en este aspecto de la lengua, que ellos exaltan con elogio: «todo el que existe siente el hechizo de las canciones», dice ya Arquíloco (19). Pero el poder de la palabra en boca de los políticos y oradores no les era extraño. ¿Y qué decir hoy día? ¿Qué elogios no podrían hacerse de su poder en boca de los propagandistas de toda clase de credos y programas y artículos comerciales, de la información oral que nos abruma a través de los medios de comunicación, que nos uniformiza, nos condiciona, nos acompleja? Si es que esto es elogiable: pero el poder no es dudoso. Cuando se hablaba del cuarto poder (¡y sólo era la prensa!), ya se tenía conciencia de ello.

3. *Vituperio.*

Todo esto y mucho más se ha dicho y podría decirse en alabanza de la lengua o de las lenguas especiales que en realidad son parte de la misma, aunque no deje de haber, como se ha visto, limitaciones y aun contrapartidas. Un buen abogado tendría aquí materia para un buen alegato: describiendo, magnificando, ocultando también. Pero quizá sea llegado el momento de dejar la palabra al abogado contrario: aquel al que le cumpliría hacer el vituperio de la lengua.

¿Por dónde empezar? Quizá se imponga como lo primero el saber que lengua y verdad no se corresponden. Lo sabía ya Hesíodo cuando criticaba a Homero, Jenófanes cuando criticaba a los dos, Heráclito cuando negaba al vulgo el conocimiento del *lógos*, Parménides cuando oponía el ser y la opinión.

Una frase gramaticalmente correcta puede ser o falsa o sin sentido: Platón lo ejemplificaba con su «Teeteto vuela», anticipándose a las verdes ideas sin color que duermen furiosamente, de Chomsky. Y lo notable es que otras frases correctas que aparentemente no tienen sentido, sí lo tienen: así el «Gris, querido amigo, es toda teoría / y verde el árbol dorado de la vida» de Goethe, por citar un ejemplo conocido.

Inversamente: tienen sentido frases incorrectas sintácticamente; se ha dicho que en la *Fedra* de Racine la heroína peca contra la sintaxis al tiempo que contra la moral y lo uno es reflejo de lo otro. ¿Y no refleja una realidad profunda Lorca cuando dice que «la higuera frota su viento /

con la lija de sus ramas», aunque la higuera no pueda en sí ser sujeto de *frotar*, ni tenga viento ni sean lija esas ramas?

¿En qué quedamos, pues? Peor todavía: la lengua describe una realidad subjetiva. No, evidentemente, cuando en las fases más antiguas de la escritura una inscripción se limitaba a decir quién estaba enterrado en una tumba o quién había dedicado una ofrenda o nos daba la capacidad de una tinaja de aceite. Pero sí en mil casos más. ¿Qué quiere decir *hace frío* o *hace calor?* Depende de quien lo diga. Lo mismo si se habla de *muchos* o *pocos*, de *grande* o *pequeño*.

Una misma realidad puede interpretarse en la lengua de modos diferentes, según quien hable. ¿Qué quieren decir *libertad*, *democracia*, tantos conceptos generales? Pero es que si quisiéramos evitarlos tendríamos que callarnos, la lengua interpreta así la realidad. O bien: una misma persona puede ser llamada alternativamente *niña* o *señorita* o *chica*: evidentemente, se añaden matices subjetivos de la percepción.

Los críticos de la lengua ven en todo esto un defecto y por eso inventaron para solucionarlo la lengua científica: solución que arregla ciertas cosas pero tiene sus problemas, veremos. Pero ya mucho antes que ellos el Esopo de la *Vida* hacía crítica semántica. Su amo le envía a comprar un tarro de aceite y lo trae vacío de aceite; a comprar lentejas y le trae una. Él mismo busca un hombre con un candil en pleno día: evidentemente, había varios sentidos de *hombre*. Si le dirigen el saludo *khaíre* «alégrate»responde

«pero si no estoy triste»; si le preguntan «dónde fuiste engendrado» contesta «en el vientre de mi madre».

El uso de la lengua es social, colectivo, y es también de grupo y es individual. ¿Cómo conciliar esto con sus pretensiones de verdad? Es una verdad muy compleja, muy relativa, la que expresa. Cuando no se usa para ocultar, exactamente, la verdad.

Todo esto se ha dicho. Y los estructuralistas han repetido, aunque ahora se tiende a olvidarlo, que cada lengua aprehende el mundo con categorías diferentes y vocabularios diferentes, sólo en parte traducibles. Y esto condiciona la visión del mundo, citábamos arriba a Humboldt y a Whorf, que estudió la lengua de los indios hopi. Sin duda, no es lo mismo una lengua con géneros gramaticales que sin géneros, con tiempos verbales que sin ellos, o con variantes diferentes de los géneros y tiempos.

Pero, por otra parte, el que en la gramática falten estas categorías no quiere decir que la lengua, con otros recursos, no pueda definir el sexo o el tiempo. Y, al revés, una lengua con géneros puede atribuir esas formas a ciertas palabras sin el valor genérico original (sexual). Decimos *la silla* y nada tiene que ver con el sexo femenino. Puede usarse el tiempo del verbo sin referirlo al que la forma indica: *mañana voy a Barcelona* expresa el futuro en presente. Es lo que llamamos neutralización.

Las relaciones entre lengua y verdad, lengua y realidad son complejas y desazonan a muchos. A los científicos y a los lógicos desde luego, también a los poetas que deben saltarse como pueden clasificaciones banales, también al

hombre común que se siente perplejo cuando pierde su ingenuidad y reflexiona un poco. En realidad, ya desde Gorgias se vió que una cosa es lo dicho, otra es lo pensado, otra el ser. Y desde Aristóteles para acá se ha insistido en que el signo es arbitrario, una doctrina que Saussure no hizo otra cosa que poner de moda[16].

Peor es lo relativo a la polisemia y la sinonimia. Si leemos a Saussure sacaremos la impresión de que, para él, un signo lingüístico tiene un solo significado; y para cada significado, hay un signo distinto. Es la doctrina en que, con algunas excepciones, creía toda la tradición antigua, en ella se basaba el método socrático. Y es lo que se piensa ingenuamente cuando se trata de definir en tantos y tantos terrenos. Difícil cosa, definir con definiciones unitarias, universales, de una vez para siempre. En todo caso, se puede definir por oposiciones y con miles de cauciones. De las definiciones lingüísticas me he ocupado, añadiendo precisiones, en otro lugar[17].

Pues bien, una categoría o función gramatical, una palabra tienen con frecuencia más de un sentido; y dos pueden tener el mismo o tenerlos aproximados. El hablante interpreta más o menos porque el sentido está condicionado por las oposiciones y por los contextos o distribuciones. Así suele aclararse si el *banco* es un sitio para sentarse o una institución de crédito; si el *gato* es un animal o un instrumento mecánico. O bien: según quien habla imaginamos qué clase de *libertad* es la que acepta. O sabemos que tanto *amaba* como *era* son imperfectos. Pero otras veces la cosa no está clara, surge la ambigüedad. Y no sólo

para las palabras, también para una frase cualquiera; y no sólo para las sentencias del oráculo, aquello de que iba a caer un gran imperio. ¿Qué imperio?

La ambigüedad domina el lenguaje. Los filólogos y críticos hacemos esfuerzos para resolverla en las obras literarias, no siempre con éxito. Algunos la utilizan para hacer chistes o para hacer como que dicen lo que no quieren decir o para, simplemente, engañar. O para ocultar su ignorancia. O para encubrir un desacuerdo, como en los comunicados de ciertas reuniones, y aplazar la cosa y que cada cual se las arregle como pueda. Y hay la ambigüedad creadora, que deja al receptor del mensaje el desarrollarlo a su manera. A veces es un receptor que viene siglos después y crea algo realmente nuevo.

Todo esto es, si bien se mira, un tanto escandaloso. Y ni siquiera podemos agarrarnos a algunas palabras que parecen fijas, seguras. «Decir sí o no, como Cristo nos enseña», nos enseñaban a nosotros en el catecismo. Pero algunos *síes* de Ministro son al final *noes*, nos indica la experiencia; Antonio Tovar solía repetir aquello de que más que en palabra de Ministro creía en oficio de Subsecretario. Inversamente: también hay experiencias optimistas y a lo mejor hemos escuchado *noes* femeninos que resultaron *síes*. Hasta el *sí* y el *no* son complicados, a Moratín le dieron tema para una Comedia. Claro que podemos hablar de la pragmática, pero esto ayuda poco. Quedamos en confusión. Y parecía que la lengua se había creado para evitar la confusión, crear la claridad.

Pero una palabra puede ser negada o aplicada en un sentido incompatible y ser clara, sin embargo. Es el «muero porque no muero» de Santa Teresa, la «música callada» de San Juan, el «polvo enamorado» de Quevedo. *Perón vive*, *Evita vive* decían los letreros murales en Argentina hace unos años, no sé si ahora. Siempre en estos casos hay un segundo sentido, el literal es imposible.

Pero, entonces, no hay límites que puedan fijarse al uso anómalo de las palabras y las frases, puede esperarse todo, realmente, no hay inventario de reglas que den cuenta de esto. Cierto que al *ácido sulfúrico* y a la lengua científica todo esto no le afecta pero del resto de la lengua podemos esperar casi cualquier cosa. «Casi», digo: porque hay algo que definitivamente no tiene sentido. ¿Y dónde está el límite? ¿Y en qué medida los sinónimos son sinónimos? ¿Y cuál es el valor exacto de las palabras connotativas, *chucho* frente a *perro*, *papá* junto a *padre*? Uno de los fanáticos de la regularidad y el automatismo semánticos sugirió que las palabras connotativas podían ser prohibidas, junto con los sinónimos, por el Boletín Oficial, sin que pasara nada.

Es algo inaprehensible y desesperante la lengua, que conocemos todos incompletamente, que se amplía todos los días, que tiene con la verdad y el pensamiento relaciones cambiantes, que está llena de ambigüedad, indefinición, contradicción incluso. Que comunica e incomunica y engaña y oscila entre lo general y lo particular, lo individual incluso. Lleva a algunos a desesperar: Platón (*Phd.* 89) hablaba de los *misológoi*: aquéllos que, por haber sufrido algún desengaño en el terreno del *lógos*, han acabado odiándolo.

Así que, en definitiva, la lengua, que está hecha para significar, lo hace presentando ante nosotros ciertos referentes suyos más o menos arbitrarios y no la realidad, la verdad a que aspiramos. Y aun éstos nos llegan a través de vacilaciones e indefiniciones semánticas susceptibles, de otra parte, de interpretaciones.

¿Qué hacer? Prescindiendo de aquéllos que prescribieron abominar de la Semántica —que es como recetar que le corten la cabeza al enfermo si le duele— otros, desde la escuela de Copenhague, prescribieron basar las definiciones en criterios formales. Otros todavía, los estructuralistas americanos, apoyarse en hechos de distribución. Se trataba de rehuir las definiciones semánticas, unívocas y bastante arbitrarias, de los antiguos. Muy bien. Pero hay toda clase de problemas en la relación de forma y contenido —no puedo ahondar aquí—, hay mil transiciones y equívocos en la distribución. De ahí que los hombres nos entendamos mal, esa es la verdad.

Ese sistema de la lengua *où tout se tient*, de que hablaba Meillet, es más bien un *pium desiderium*, un *wishfull thinking* si se quiere en inglés. Claro que hay sistema y que conocemos por las oposiciones dentro de él. Pero son más bien sistemas entretejidos en forma absolutamente complicada, no necesaria; sistemas abiertos y ampliables, redefinibles muchas veces. Sistemas estocásticos que se dice[18]. Hay duplicaciones, niveles diferentes, oscilaciones de frecuencias, mil cosas *in statu nascendi*, problemas más de mil. De ahí las aporías de la Semántica y las demás.

El alegato contra la lengua podría, así, continuar. La diferencia entre las distintas lenguas lleva a sus hablantes, hasta cierto punto al menos, a concepciones diferentes de la realidad. Cierto que con ayuda de la lengua se puede saltar por encima de la misma, eso son la lengua científica y la poética. Cada lengua es una malla que se interpone entre el mundo y nosotros; y hay mallas más finas entre los grupos sociales o ideológicos, entre los individuos.

Llega un momento, a veces, en que la lengua es una cortina de humo en la que nos perdemos. Es como la pantera de que hablaba Rilke, que veía como mil barrotes de su jaula y ningún mundo más allá. ¡Cuánta palabrería vana, a veces, para no ver los hechos cara a cara!

Recuérdese, de otra parte, que la lengua opera dentro de condicionamientos anatómicos, fisiológicos, acústicos que le son impuestos. Está entre el mundo del hombre, el de la naturaleza, el de la lógica. Es siempre un *metaxú*, algo intermedio invadido por todas partes, condicionado por todas. Y si la aislamos y tratamos de describirla en sí misma, como intentaron Saussure y otros más, la empobrecemos.

Es, de otra parte, un sistema de signos verbales que opera con ayuda de otros sistemas de signos (los gestuales, por ejemplo) y dentro de una situación dada. Según el gesto, según la situación, un signo lingüístico significa cosas diferentes o no significa nada. Es, pues, un sistema indigente, que necesita múltiples ayudas. Y si se quita la espontaneidad de la lengua entre varios interlocutores en una situación dada y la lengua se hace escrita, carece de apoyos evidentes y tiene

más problemas aún. Y ha de inventar recursos nuevos para seguir cumpliendo su función.

En todo caso, el signo lingüístico tiene límites y carencias muy graves. Es verdad eso, algunas veces, de que una imagen vale a veces por mil palabras (aunque también podríamos decir que otras veces es verdad lo contrario). Y hay cosas que, definitivamente, la lengua no puede expresar, como hay otras que no puede expresar la imagen: ¿cómo podría expresar la lengua o percibir el oído, decía ya Gorgias, «aquello que ninguna mano agarra y ningún ojo ve»?[19].

Otros problemas son los de la cultura y la acción. Digamos algo de ellos.

El mundo de la palabra, de la lengua, es el de la cultura o así ha sido hasta ahora. Ya Isócrates hacía su elogio en este sentido en su *Panegírico* (47 ss.), con referencia a Atenas: «La filosofía...la enseñó nuestra ciudad y honró el arte de la palabra, que todos desean mientras envidian a los que lo poseen. Porque sabía que de entre todos los seres vivos sólo nosotros poseemos esto...es el más fiel símbolo de la cultura de cada uno de nosotros».

¿Quién no suscribiría el entusiasmo de Isócrates ante el *lógos*, que es ciencia, cultura, filosofía? ¿Qué nos une a unos con otros y también con los más nobles espíritus del presente y del pasado? ¿Qué crea la lengua del derecho, de la moral, de la cultura, todo lo que posibilita la relación humana? Pero hay ciertos aspectos del papel que la lengua desempeña en las relaciones humanas que bien merecen el vituperio. Y este no ha faltado.

Por ejemplo, una de las cosas que presentan a una luz menos favorable la lengua, es el uso de la repetición para insistir en la verdad de un enunciado o para incitar a algo. No parece que una cosa sea más verdadera porque se repita más veces, aunque Goebels lo dijera y aunque todos nos machaquen con sus *slogans* y dogmas. El que veamos cientos de veces en los anuncios de la calle o de la prensa o en la TV ciertas afirmaciones insípidas e indemostradas (no ejemplifico para no molestar) no las hace verdaderas: pero parece que hace que se venda más.

¿Y qué decir de las frasecillas de la propaganda política y las manifestaciones, a veces con medida o sonsonete de verso? Los períodos electorales con sus frases banales, las más veces intercambiables, nos abruman con su pobreza de ingenio y con su sustitución de los argumentos por simples afirmaciones repetidas.

Todo esto, y el dirigirse con halago a ciertos sectores del público, tiene que ver con los recursos de la antigua retórica, que ya criticaba Platón y que tan mala prensa ha tenido hasta hace poco, aunque no por eso se dejaba de seguir cultivándola. Pero ha sido ampliada enormemente. Ahora la palabra se refuerza con la imagen. El elogio del automóvil se acompaña de la imagen del mismo y, quizá, de la de una bella señorita: ¿qué tiene esto que ver con la hipotética bondad del producto? Y se machaca una y otra vez. Luego, en los textos impresos, el tamaño, la disposición y la letra de los anuncios también aportan lo suyo. Como cuando en el friso del Partenón los dioses eran más grandes que los mortales.

Pero dejemos esto y aludamos al fenómeno conocido de cómo en la lengua de las valoraciones colectivas (creencias de diversos tipos), las palabras tienden a deformarse en su sentido y a organizarse en series binarias. Una serie es la de lo «bueno», otra la de lo «malo»: y dentro de cada una hay sinonimia. Ya Platón obraba así: en algún lugar me he ocupado de esto[20]. Pero en fecha moderna en las luchas religiosas y políticas, todo este proceder se ha escalado.

En ciertos momentos y en ciertos ambientes, palabras como *comunista* o *fascista* eran poco más que insultos. Pero igual sucedía, en fechas anteriores y en otros ambientes, con términos como *protestante* o *papista*. En estos usos, las palabras son, más que un instrumento de conocimiento, un arma agresiva. Han creado barreras entre grupos diferentes, han deformado, caricaturizado, engañado, han llevado al enfrentamiento y la violencia.

Quizá exagerara Hayakawa, el semanticista que fue rector de Berkeley en los años de la insurrección estudiantil y de la guerra del Vietnam, cuando decía que los problemas de la Humanidad eran problemas de Semántica, que el estudio de la Semántica podría curarlo todo. Pero algo de razón tenía aunque ¡hay tantas semánticas!. ¿O diríamos que se trata de problemas de desconocimiento, de ignorancia, esa tesis socrática?

Por otra parte, sin embargo, el mundo de las abstracciones fijadas por la lengua y que son, a veces, tan ambiguas como peligrosas, es inevitable. No podemos hablar

sin ellas, no podemos analizar el mundo, bien o mal, sin ellas. La alternativa es callarse, como había decidido Secundo, el filósofo silencioso, al que al comienzo yo aludía. Pero aun éste contestaba por escrito, ya lo dije, a las preguntas del emperador Adriano[21].

De todo esto y de otros varios puntos de vista deriva a veces una desvalorización del concepto de la palabra, sobre todo en relación con la acción. Platón no quería ser mera palabra; «palabras, palabras, palabras» decía Shakespeare; «en el principio era la acción» oponía Goethe al «en el principio era el *lógos*» del Evangelio de San Juan.

La palabra es a veces mero aire que llena la boca, charla insulsa de vecinas, traducción de un pensamiento prelógico, mero automatismo para llenar el tiempo; si no elemento de confusión, de agresión, de mentira. Un arma arrojadiza. En el fondo más íntimo, el ser humano prefiere la acción. Cicerón escribía literatura o filosofía cuando lo echaban fuera de la política y ha tenido en eso muchos imitadores. Y hay los profesores que corren tras los cargos políticos y sienten horror a volver al aula, como el tigre que ha probado la carne humana y ya no quiere otra.

Los profesores han radicalizado a veces la política con su ideologismo, a veces han sido mediocres: recuerdo aquella moraleja de una fábula esópica (la 123 H., «El citarodo») que se refiere a los profesores que brillan en sus clases y hacen el ridículo en la política: «así algunos maestros de retórica que parecen alguien en las escuelas, cuando entran en política no valen nada». Otras veces han tenido éxito, ciertamente. Y existe la contrapartida: los que

han acumulado riquezas o poder y quieren ennoblecerse con la pluma. De otra parte, todo el Renacimiento proclamaba el ideal mixto cuya expresión más celebrada es el «tomando ora la espada, ora la pluma» de la *Egloga* II de Garcilaso.

Como se ve, al lado de las alabanzas de la lengua, los vituperios han ocupado y pueden ocupar un amplio espacio. Dependen, muchas veces, de pedir a la lengua lo que no es o lo que sólo es cuando recibe ciertas especializaciones. Y de ignorar las virtudes que corresponden a los defectos o supuestos defectos. De esto hablaremos.

Pero no cabe duda de que se ha creado, muchas veces, una imagen muy desfavorable de la lengua en sus relaciones con la verdad y con la acción. La reacción ha sido, ya lo hemos dicho, crear tipos de lengua que obvien —o que se piensa que obvian— esos defectos. También hemos de hablar de esto. Pero antes digamos algo sobre la reacción de los lingüistas y sobre la reacción de muchos hombres del común y, sobre todo, de aquéllos que tienen poder para influir en la cultura.

Los lingüistas se han dividido, en realidad, en dos grupos. A uno de ellos ya hemos aludido: el de los que, sin pretenderlo, crean una imagen recortada de la «verdadera» lengua, imaginada como un sistema de signos unívocos, limitado y perfecto. Muchas veces se intenta establecer equivalencias ontológicas y lógicas, ya lo hemos dicho. La cosa tiene antecedentes antiguos y medievales, cómo no: vamos a dejarlos de lado.

Ya Descartes distinguía entre la lengua de la razón y los usos del lenguaje. Pero fue Saussure el que redujo la lengua a un esquema sistemático, con signos unívocos, y reservó su desarrollo múltiple y creativo y las ambigüedades de la Semántica a lo que llamó la *parole*. Hjelmslev y los de Copenhague llevaron las cosas más lejos al eliminar la Semántica; este fue un proceder muy seguido, era la época en que calificarle a uno de «mentalista» era un insulto. Otras veces, en la Teoría de la Información, se ha hablado de código y mensaje.

Pero no es sólo esto: cuando se ha reintroducido la Semántica se ha intentado, a veces, recortarla, distinguiendo entre significados fundamentales y otros surgidos del contexto y calificados de «virtuales» (Pottier), de «*selection restrictions*» (la Gramática Generativa desde Katz y Fodor).

Error grave: el significado de una unidad sólo se da en el contexto de otras, las tales unidades y su significado independiente son sólo un recurso del lingüista, no del hablante. Este tiene tan sólo una presuposición de significado (si se le pregunta, responde a veces cosas erróneas o insuficientes); es en el contexto donde se crea éste definitivamente.

Y luego hay las escuelas de Lingüística abstracta, que construyen modelos simples de los que derivaría la lengua realizada que sale de nuestra boca y nuestra pluma y nuestro ordenador. Hemos aludido a los transformacionalistas o generativistas y a una serie de continuadores suyos, como Fillmore y Dik. En todos los casos, se postulan estruc-

turas profundas que son simples y de las que derivan las de superficie.

No quiero hacer aquí la crítica de estas posiciones, que he ofrecido en otros lugares[22]. Pero resulta claro que se trata, en definitiva, de descripciones de la lengua que la consideran dotada de las características de la lengua científica. Aun así los problemas de la Semántica y de las estructuras profundas son graves. Y, de otra parte, los puntos comunes entre la Lingüística, de un lado, y la Matemática y Lógica, donde están los modelos de estas concepciones, existen, desde luego. Pero hay también puntos en que la lengua es distinta: olvidar esto es un grave error.

Pienso que todo esto son reacciones contra la contradictoria riqueza de las lenguas naturales, su creatividad infinita, su fragmentación en niveles, dialectos, estilos, individuos: para hacer la descripción más fácil, se recorta el objeto de la misma. Aunque no se me oculta que estas Gramáticas abstractas responden a una constante de la mente humana, de un cierto tipo de mente humana, que prefiere el método deductivo a partir de unos ciertos principios. Otros preferimos la inducción y el atenernos más de cerca a los hechos, aunque sean ambiguos y variables; y tratamos de, hasta donde es posible, organizarlos en sistema.

Esta es la segunda escuela de Lingüística, la que ha visto en los vituperios a la lengua no otra cosa sino el revés, por así decirlo, de su rica multiplicidad y capacidad creativa. Es en la que se mueven los cultivadores de la Lingüística Histórica, de la Estilística, la Sociolingüística, la Psicolingüística, la Lingüística Computacional, los que

cultivan sin prejuicios restrictivos la Semántica o un estructuralismo menos rígido, más próximo a los hechos. Los que intentan, con ayuda de los ordenadores, llegar a una descripción total de los textos. Sobre esto he de volver.

Pero reseñemos las otras reacciones al desencanto que, a veces, proporciona la lengua: la lengua natural a todos, la literaria a los que no poseen las claves para desentrañarla. Ese desencanto que sólo se satisface con la lengua científica. Y, para algunos, ni con ésta.

Esta otra reacción es el desencanto de la Literatura en el sentido más amplio, como antes había el de la Retórica. La enseñanza es un buen barómetro: todos los planes de estudios tienden a reducir las enseñanzas literarias. Y la enseñanza de las lenguas se reduce a un nivel pragmático, de la pura utilidad de su manejo. No son ya las lenguas clásicas, víctimas predilectas de toda reforma educativa: es la literatura española, es la Filosofía lo que está en peligro. En fin, esperemos —y este es un inciso— que en la que es ya inminente se alcance un equilibrio, una conciliación.

¿Para qué estos estudios?, se dice. Son historias de errores y de posiciones particulares que se renuevan una y otra vez y son mil veces revisadas. Pero también son el reflejo más explícito, habría que añadir, de todo lo humano. Sin él volvemos, estamos volviendo, al nivel infantil.

Y no es sólo la enseñanza. Un cierto menosprecio de la lengua, su reducción a niveles ínfimos y su sustitución por una cultura de la mera imagen, está en el ambiente. Ahí están las representaciones teatrales en las que la puesta en escena es, parece, lo importante; y si el público entiende o

no lo que se dice o si se dice o no algo con sentido, no parece importar. ¡Desgraciados los clásicos que murieron hace tanto tiempo y no pueden gritar y defenderse!

Hay, en suma, un cierto desprecio por la Literatura. Los políticos ya no hacen citas literarias, «pasan» de ellas. Ser un poeta ya no es una categoría social y pública. La Literatura, que ha sido la vía de la inteligencia, de la crítica, de la enseñanza, tiende a reducirse a un pequeño grupo de gente marginal que apenas cuenta, si no es para recibir de tarde en tarde un premio. Así, al menos, sus cultivadores pueden seguir viviendo y mantienen la ilusión de ser alguien.

Hay, sí, una reacción contra el *lógos* y todo lo que significa y arrastra. Nos movemos en el círculo de lo práctico, de lo medible y comprobable, de lo simple y al alcance de todos, de lo aséptico. Ciertamente, hay que conceder que las Ciencias humanas, las Ciencias del *lógos*, tienen desventajas. Hemos citado algunas. Y sobre todo: cuando sostenemos ideas enfrentadas, ¿cúal es el criterio de la verdad? El de la simplicidad y coherencia es engañoso, el de la adhesión de los contemporáneos es menos que seguro. De otro lado, se ha ido, sin duda, demasiado lejos en las críticas y los ideologismos: han causado demasiadas catástrofes.

En cambio, los efectos de la penicilina o de la fisión nuclear son comprobables (a veces demasiado, estos últimos). Y existe el experimento. Pero con todo, son las Ciencias humanas y las derivadas del *lógos* que opera en las lenguas naturales, las que más directamente nos expresan a los hombres.

4. *Alabanza y vituperio, otra vez.*

En fin. Sólo querría ahora, antes de terminar, volver a la alabanza y vituperio de la lengua para hacer ver qué ambigüedad arrastran, qué humanidad también, esa alabanza y ese vituperio. Cómo esto del elogio y la censura son cosas relativas, puros derivados del ser íntimo de la lengua, del ser íntimo del hombre.

Esta es la conclusión que podría obtener un juez que nombráramos para arbitrar nuestro debate: que las cosas no son tan simples como para tener que optar entre alabanza y censura, como ya lo vieron los cínicos. Pero que esa alabanza y esa censura nos llevan a la entraña misma de la lengua, que es lo que realmente ofrece una enseñanza.

Quitémonos, pues, las anteojeras, no centremos las cosas en conceptos que parten, con frecuencia, de planteamientos insatisfactorios.

La alabanza de la lengua, lo hemos visto, se apoya a veces en atribuir a ésta algo que realmente no es: un espejo objetivo del mundo y una expresión del pensamiento lógico. Es ese espejo y esa expresión, pero sólo parcialmente y por vías, a veces, indirectas. De ahí el desengaño, cuando se ha esperado demasiado.

Pero luego ha venido la época de las taxonomías científicas y el vocabulario científico en general, que han enmendado la plana a las taxonomías de la lengua (de ésta o aquélla o de todas). Esta nueva lengua científica era objeto de alabanza; y, por contraposición a ella, la lengua natural, y no digamos la literaria, lo era de vituperio. En parte se la alababa con razón, ciertamente: la lengua es un instrumen-

to tan sutil que nos permite describirla a ella misma y saltar sobre ella para llegar directamente a la realidad o a lo que creemos que es la realidad. Para crear Ciencia.

Pero los admiradores de la lengua científica —la de ésta o aquélla Ciencia— olvidan algunas cosas: no debemos apuntarnos radicalmente a su partido. Olvidan cuáles son las contrapartidas, ya hemos apuntado a ello, de los defectos que critican en la lengua natural y olvidan los hallazgos de la lengua literaria y poética. Y olvidan que los logros de la lengua científica no son, tampoco, absolutos.

A este tema dediqué no hace mucho un estudio titulado «La lengua científica, instrumento y obstáculo: ejemplos del campo de la Lingüística»[23]. No voy a repetirme aquí. Pero bien claro resulta que las nuevas taxonomías son también provisionales, se reputan a veces erróneas y corregibles; y que cada escuela científica crea, al infinito, nuevo vocabulario que responde a una parcelación de la realidad que otros pueden discutir. Estamos a un nivel superior al de la lengua natural, pero, en definitiva, estamos en lo mismo.

Y en cuanto a los lenguajes simbólicos, lo menos que de ellos puede decirse es que, primero, no hacen sino culminar ciertas cualidades de las lenguas naturales, que son su modelo. Segundo, que son revisables. La Logística, por ejemplo, fragmenta nuestro *es* en varios símbolos que expresan relaciones diferentes; y une nuestros *si, en la medida en que, en caso de que, suponiendo que*, etc., en un símbolo, calificado de condicional. Pero, ¿estamos segu-

ros de que esas clasificaciones van a aprehender el pensamiento humano de una manera definitiva?

La lengua científica elimina una serie de rasgos de la lengua natural: su contextualidad, ambigüedad, polisemia, etc. Pero opera, en lo fundamental, dentro de coordenadas propias de la lengua. Y sus representantes y creadores —a quienes se debe el que hayan forjado ese instrumento para el avance en el conocimiento— no se dan cuenta de que a veces crean un obstáculo que otros tendrán que saltar, como ellos saltaron el de la lengua natural. Y que aquello que en ésta vituperan tiene también, lo hemos adelantado, contrapartidas que merecen alabanza desde otros puntos de vista y que culminan en la lengua literaria.

Porque la lengua literaria (lenguas literarias, lenguas poéticas) no es más que una potenciación de la lengua natural. Lleva más allá la creatividad. Pero los elementos que maneja están ya en aquélla. Y a veces son los mismos que han hecho abominar de la lengua en general, vituperarla.

Por ejemplo, la ambigüedad. Para empezar, la ambigüedad, las más veces, se resuelve al nivel del pasaje: sólo existe en las abstracciones del lingüista. Pero cuando existe realmente, muchas veces es buscada para lograr el deseado claroscuro o no manifestarse sobre lo que se quiere dejar en la sombra o se ignora, para poner de relieve diferencias de interpretación, hacer sátira o humor.

Ya la lengua natural neutraliza: una lengua con géneros puede mantenerlos formalmente y rehuirlos semánticamente cuando dice *mesa* (que no es sexual), *los derechos del hombre* (que son también los de las mujeres). No es,

pues, un defecto, es un recurso para saltar sobre la lengua misma. Y la lengua natural condiciona el significado al contexto: la literaria sólo va más lejos, el contexto del *Heinrich!* de Goethe es toda la primera parte del *Fausto*.

La lengua natural conoce la metáfora, que une dos cosas aparentemente diferentes, cuando dice, por ejemplo, *luna de miel* o *se desencadenó la tormenta*. La lengua literaria no hace sino crear nuevas metáforas, cuando Goethe habla del *árbol dorado de la vida* o Lorca llama al cuchillo *pez sin escamas ni río*; y renovar las gastadas, fosilizadas. La metáfora acerca los mundos, renueva la unidad del hombre y la naturaleza, es un instrumento de penetración, de conocimiento. Es lógico que la lengua de la Ciencia abomine de ella: pero la metáfora trae otro conocimiento lo mismo en la lengua natural que en la literaria.

Mil hechos más son comunes también a la lengua natural. La repetición, de la que hemos abominado, la encontramos en cualquier momento para dar precisión o urgencia: pedimos *café, café*, la madre llama *niño, niño*. Y cuando la usa el poeta no es sobrante ni ilógica cuando en Virgilio (*Eneida* IX 427) grita Niso «*me, me adsum qui feci*» o cuando Lorca (*Poeta en Nueva York* 2) dice aquello de «negros, negros, negros, negros» o Juan Ramón (*Pasión Primera* 1) «tu te mecías indolentemente, blanca / y blanca».

¿Para qué insistir en algo tan conocido o en el hecho próximo de las aliteraciones y efectos fónicos con cuyo estudio D. Dámaso nos hacía sentir mejor tantos versos de Garcilaso y de Góngora? Pues bien, también éstos están

en la lengua natural y se utilizan en el «*I like Ike*» de las elecciones americanas que ganó Eisenhower o en «el pueblo unido no será vencido», de nuestra guerra.

Todo eso que hemos vituperado tiene su función cognoscitiva, iluminativa, de adecuación al hablante y al receptor en la lengua natural, en la lengua literaria sobre todo. ¿Hablábamos de subjetividad en la lengua natural? La lengua literaria la lleva al máximo. Cuando Balzac describía la llegada al salón de tres damas de provincias «*ornées de ses époux*», «adornadas de sus esposos», describía desde un determinado ángulo algo que podría describirse de otras muchas maneras o describirse objetivamente, si es que existe la objetividad.

¿Y qué hace toda la poesía sino interpretar una realidad y hacerla sentir desde puntos de vista de género, de época, de la personalidad del poeta en un momento creativo? Con la secreta esperanza, sin duda, de enlazar con la visión del lector o de hacer que éste descubra en sí la del poeta.

No pidamos a la lengua lo que no puede dar, ni declaremos equivalentes todos los tipos y niveles de lengua ni dejemos de ver, junto con sus limitaciones, sus triunfos: a veces son cosas que van emparejadas. Sobre todo: la lengua es un sistema abierto capaz de perfección y creación, no un instrumento muerto. Tiene mil recursos para saltar sobre sí misma, reglas para violar las reglas, efectos de neutralización, de realce. Da una visión en claroscuro, analiza y asimila, hace ver lo que nadie vio antes. Necesita ayudas, ciertamente; la imagen la sustituye a veces con

ventaja. Pero en forma alguna la sustituye y queda detrás muchas veces.

En muchos terrenos nada hay que supere a la lengua. En sus momentos más delicados, más personales, la obra literaria es intraducible de unas lenguas a otras —salvo con grandes pérdidas— y es intraducible en imágenes. Es una creación única, irrepetible. De lo mostrenco y común a estas creaciones últimas, hay larga distancia: pero todo es lengua, trabaja con los mismos elementos. Del mundo de la lengua científica al de la lengua poética, hay distancia y hay oposición: pero hay otra vez la base común que es la lengua natural.

Y entre los males de la lengua —su ambigüedad e insuficiencia, su parcialidad, su ilogicidad— y sus excelencias hay, también, relación. En los elementos en que están sus fallos están sus logros. Esas categorías y funciones de dudosa definición, ese vocabulario a veces vago y repetitivo, esas distribuciones y oposiciones vacilantes, nos hacen sufrir. Nos alejan de una verdad objetiva para todos, nos divorcian de nuestros semejantes. Pero permiten la creatividad, la expresión de grupo y la individual, las nuevas exploraciones del mundo y del universo humano.

Como se ve, la decisión entre la alabanza y el vituperio no es simple: hay razones en los dos sentidos, como vieron ya los cínicos. Y las excelencias arrastran problemas, las debilidades son fuente al tiempo de virtudes. Juzgar en blanco y en negro no es adecuado, ni siquiera si se afirman ambos.

Los cínicos hacían esto, pero planteaban el problema tan sólo en el plano de lo social y cultural, de las relaciones humanas: el que a ellos les interesaba. Hay que decir que, en él, veían con perspicacia: la lengua crea la cultura, la lengua enfrenta. O expresa el enfrentamiento.

Fuera de los cínicos, el problema se ha planteado casi siempre en los planos de la Ontología y de la Lógica. Aquí, las elogiosas posiciones iniciales se han demostrado como idealistamente exageradas. Pero que la lengua es un instrumento de conocimiento, resulta claro, y para aproximarse más a esta función ha creado especializaciones por lo demás de intenciones diferentes: la lengua científica y la lengua literaria. Son lengua, en todo caso.

Ahora bien, en los planos del conocimiento y de la expresión del propio yo, las posiciones están muy entremezcladas. Pues junto a su flexibilidad, su creatividad, su capacidad de penetración y de expresión, la lengua está rodeada de ambigüedades y peligros, también de particularismos relacionados con grupos y con individuos.

Hay diferentes enfoques de la investigación lingüística y todos están relacionados con unos u otros de los puntos de vista aludidos. Todos son limitados, todos iluminan mejor algún aspecto de la lengua.

Esta ha sido siempre, continúa siendo el gran instrumento de conocimiento, de expresión, de influjo voluntarista del hombre. No es un instrumento exento y aséptico, un sistema cerrado en sí mismo con alma puramente matemática. Es un intermedio entre varios mundos, está ligada a demasiadas cosas. Está, sobre todo, ligada al hombre

mismo. Su grandeza y su debilidad, su arcaísmo y su creatividad, su logicismo y su antilogicismo, su universalismo y su particularismo, su claridad y su ambigüedad, su indefinición y su insistencia, su limitación y su infinitud, son cosas propias del hombre. ¿Cómo podría ser de otro modo si el hombre se hizo hombre cuando se hizo un ser que habla?

¿Qué pesa más, en fin, preguntaríamos, la alabanza o el vituperio? Son dos análisis parciales que tratan de cortar limpiamente una madeja enmarañada, algo así como cuando Alejandro cortó el nudo gordiano. Es como si quisiéramos juzgar al hombre decidiendo si es un ser de bondad o de maldad o de ambas cosas. La imagen debe ser mucho más rica, admitir insuficiencias y grandezas e insuficiencias que nacen de grandezas y grandezas que nacen de insuficiencias, como ya veían los trágicos.

Y admitir, en el hombre y en la lengua, unas constantes universales y la autonomía del grupo y del individuo, en paz o en guerra unos con otros, y la historia. Y la esperanza de ir siempre más allá sin olvidar tampoco el pasado, del que nace el futuro.

NOTAS

[1] Procede de la Haggadah. Cf. mi «Documentación suplementaria de la fábula greco-latina», *Euphrosyne* 18, 1990, p. 222.

[2] Cf. mi *Historia de la Fábula Greco-Latina*, tres vols., Madrid, Universidad Complutense, 1979-1987, vol. I, p. 331 ss.; «The Life of Aesop and the Origins of Greek Novel», *Quaderni Urbinati*, N. S., 1, 1979, pp. 93-112; «Elementos cínicos en las Vidas de Esopo y Secundo y en el Diálogo de Alejandro y los Gimnosofistas», en *Homenaje al P. Elorduy*, Bilbao, 1978, pp. 309-329; «La Vida de Esopo y el Libro de Buen Amor, en *Serta Philologica F. Lázaro Carreter*, Madrid, 1983, pp. 427-434; «La Vida de Esopo y la Vida de Lazarillo de Tormes», *RFE* 58, 1978, pp. 35-45.

[3] Cf. Germán Bleiberg, *Antología de elogios de la lengua española*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1951. También, entre otras cosas, M. Romera Navarro, «La defensa de la lengua española en el siglo XVI», *Bulletin Hispanique* 31, 1929, pp. 202-255 y José F. Pastor, *Las apologías de la lengua castellana en el siglo de oro*. Madrid, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, VIII, 1929. Entre ellas destacan las de Ambrosio de Morales, *Discurso sobre la lengua castellana* (ed. V. Scorpioni en *Studi Ispanici*, 1977, pp. 177-194) y el *Diálogo de la lengua*, de J. de Valdés (ed. J. M. Lope Blanch, Madrid, Castalia, 1982).

[4] Joaquim du Bellay, *La défense et illustration de la Langue Française* (ed. L. Terraux, París-Bruselas, Bordas, 1973). Para el italiano véase sobre todo Cecil Grayson, *A Renaissance Controversy: Latin or Italian?*, Oxford, Clarendon Press, 1960.

[5] «El sistema de Heráclito: estudio a partir del léxico», *Emerita* 41, 1973, pp. 1-43.

[6] *Gramática, Semántica, Universales*, Madrid, Gredos, 1978, p. 15 ss.

[7] *Language and Reality*, Londres 1961, 2ª ed., p. 21.

[8] *Tractatus logico-philosophicus*, Londres 1922, 4.0031.

[9] *The logical Syntax of Language*, Londres 1937, p. 279.

[10] Cf. sobre todo «Reflexiones sobre Semántica, Sintaxis y Estructura Profunda», *RSEL* 6, 1976, pp. 1-21 y también «Ideas sobre la descripción lingüística y su problemática», en *Actas del Congreso de la S.E.L. XX Aniversario*. Madrid, Gredos 1990, pp. 11-32.

[11] *Current Trends in Linguistics*, ed. por Th. A. Sebeok, vol. III, La Haya, Mouton, 1966.

[12] Véase Ernesto Grassi, «El humanismo poético y la primacía de la palabra poética», en *Paideia y Humanitas*, Santiago de Chile, Universidad Metropolitana, 1989, pp.53-67.

[13] *Eternidades* (1916-1917), 3.

[14] Véase *Blanco y Negro* 23-IX-1990.

[15] Madrid, Revista de Occidente, 1958.

[16] Cf. E. Coseriu, *Die Geschichte der Sprachwissenschaft von der Antike bis zum Gegenwart*. Teil I. *Von der Antike zu Leibnitz*. Tubinga 1969. También mi trabajo «La teoría del signo lingüístico en Gorgias de Leontinos», en *Lógos semantikós* I, pp. 9-19. Madrid -Nueva York, Gredos-de Gruyter, 1981.

[17] Cf. mi trabajo en prensa «Les définitions linguistiques», así como «Ideas...», cit.

[18] Cf. mi artículo «La teoría general de sistemas y la metodología lingüística», en *Estudios ofrecidos a Emilio Alarcos Llorach*, V, Oviedo 1983, pp. 127-143.

[19] Fr. 28 en Untersteiner, *Sofisti. Testimonianze e Frammenti*, II, Florencia, La Nuova Italia, 1949, p. 144. Considero la cita segura, a pesar de las dudas de Untersteiner.

[20] «Lengua, Ontología y Lógica en los sofistas y Platón», *Revista de Occidente* 96, 1971, pp. 340-365 y 99, 1971, pp. 285-309.

[21] Aludo a la *Vida de Secundo*, editada por B.E. Perry (*Secundus the Silent Philosopher*, Ithaca, New York, 1964).

[22] Cf. sobre todo «Reflexiones sobre Semántica, Sintaxis y Estructura Profunda», ya cit. y también «Ideas...», de nota 10. Además «Sin-

taxis y Semántica en la Gramática Funcional de Dik» (en *RSEL*, en prensa).

[23] El título original es «Scientific Language: Instrument and Obstacle. Examples from the Field of Linguistics», en *Wissenschaftssprache und Gesellschaft*, ed. Theo Bungarten, Hamburgo, Edition Akademion, 1986, pp. 13-21. Véase también «La lengua en la Ciencia contemporánea y en la Filosofía actual», *RSEL* 3, 1973, pp. 297-321.

CONTESTACIÓN
DEL
EXCMO. SR. DON EMILIO ALARCOS LLORACH

Señores académicos:

Cuando se interviene en actos solemnes como el presente, lo más aconsejable es dejarse llevar por el procedimiento tradicional y renunciar a cualquier vana tentación de originalidad, conformándose al juicioso apotegma de Don Eugenio D'Ors: «lo que no es tradición es plagio». El decoro, pues, me impulsa a confesar mi agradecimiento por el alto honor de haber sido designado para acoger en nombre de la Academia al Excmo. Sr. D. Francisco Rodríguez Adrados.

No ocultaré que mi ánimo se entenebrece agobiado por un temor: el de no ser capaz de exponer en breve panegírico los muchos merecimientos del recipiendario, ya patentes en el enjundioso y espléndido discurso que con tanta delectación acabamos de oír. No obstante, la verdad me obliga también a declarar con cuánta alegría y con cuánta satisfacción he aceptado la tarea de dar la bienvenida a nuestro nuevo académico. Son muchos los años de nuestra amistad. Como ya he dicho alguna vez, nuestra relación procede de la nebulosa prehistoria, de cuando —ambos niños y ajenos— coincidiríamos jugando en la salmantina Alamedilla. Somos coterráneos y rigurosamente coetáneos. Nacimos los dos en Salamanca y en 1922.

Nuestro conocimiento histórico es más tardío. Yo estudiaba Filología Románica aquí, en la Universidad Central; pero iba con cierta frecuencia a Salamanca, donde mis compañeros «románicos» de allá me presentaron un día al «clásico» Adrados. Quiero recordar que fue en la tertulia ilustrada que mantenía por aquellos años el inolvidable Antonio Tovar. Ya era entonces Adrados un muchacho de sabiduría insaciable: aprender para él era solo descubrir que, más allá de lo adquirido, nuevos terrenos ignotos se ofrecían a la avidez del conocimiento.

Yo me licencié poco antes del desembarco aliado en Italia; Adrados un año después. Y se vino a Madrid, en el otoño de 1944, cuando yo andaba ocupado con las oposiciones a cátedra de Instituto. Adrados, con ideas muy claras y decisiones muy precisas sobre el futuro, venía a hacer la tesis doctoral, paso previo inevitable para acometer la ruta por donde se encaminaba: una cátedra de griego en la Universidad. Mientras la oportunidad se presentaba, Adrados no perdió el tiempo: sin descanso, *nulla dies sine linea*, fue avanzando por la docencia, desde mero ayudante gratuito, encargado de curso, adjunto por oposición y, de pasada, catedrático de Instituto (donde trabajó con ahínco hasta 1963). No era en aquellos años poco mérito obtener una cátedra de Instituto: plazas escasas, copiosos los contrincantes, duros los ejercicios prácticos, desconocido el programa hasta veinte días antes del comienzo de las pruebas. Se decía, incluso, que eran catedráticos de Universidad los que no habían sido capaces de conseguir una plaza en Institutos. Luego, muchos daban el salto a la

Universidad. Es lo que hizo Adrados con brillantez en 1951. Desde entonces, sin ningún desánimo, puesta la mira en la difusión de sus enseñanzas, sordo a los cánticos de las sirenas de los cargos directivos, ha desarrollado una labor docente plural e intensa, porque no solo se ocupó de explicar lengua y literatura griegas, sino que dio cursos de Lingüística Indoeuropea, de otras lenguas como el védico o el antiguo iranio, y dirigió con raro esfuerzo y vigilancia atenta decenas y decenas de tesis doctorales. La dedicación eficaz de Adrados a la docencia no le ha impedido dispensar sus saberes en el dominio de la investigación dentro del Instituto de Filología del C.S.I.C., donde dirige la revista clásica *Emerita* y proyectos varios. Como fruto visible del magisterio de Adrados, baste recordar cuántos discípulos suyos desempeñan hoy cátedras de Universidad o Instituto, o son investigadores en el citado Consejo.

La capacidad de trabajo de Adrados es aún más sorprendente si pasamos a considerar otras actividades suyas que pudiéramos llamar periféricas, pero que exigen tiempo y tiempo: organiza viajes arqueológicos casi anualmente; colabora en la presentación de obras teatrales griegas por él mismo traducidas; defiende con la palabra y con la pluma en reuniones y en periódicos la vigencia de los estudios clásicos en el mundo actual; da cursos y conferencias en diferentes países y entidades; asiste con regularidad a simposios y organiza a veces congresos; es fundador de la Sociedad Española de Lingüística y de la Sociedad Española de Estudios Clásicos; es director de sus revistas y, con asidua eficacia, consigue que salgan a la luz casi

con la puntualidad de los diarios... Se pregunta uno: ¿de dónde saca tantas horas, si además le sobran para departir con amigos, colaboradores y discípulos? Hay que pensar que para Adrados, como decía de sí mismo Unamuno, las horas son cúbicas y por tanto contienen más de doscientos mil minutos cúbicos. Ese será el secreto del continuo quehacer de Adrados. Él mismo confiesa: «si ha habido algo satisfactorio en mi vida podría decir que es, quizá antes que nada, que ni estos problemas [los políticos] ni los profesionales ni los personales han logrado nunca apartarme del trabajo científico».

Nuestro pasmo crece al ojear sus publicaciones. No menos de treinta libros, varios centenares de artículos (se aproximan al millar) dan fe de su volumen. La calidad no es inferior a la cantidad. Sería imposible aquí reseñar con detalle los méritos particulares de cada una de las contribuciones de Adrados a las varias áreas a que ha aplicado su lúcida inteligencia y su pertinaz tesón. En muchos casos carezco de la competencia exigible: no soy helenista y menos indoeuropeísta, aunque algo se me alcance de la cultura clásica y de la lingüística en general.

La obra científica de Adrados estaba ya en germen dentro de las páginas de su tesis doctoral publicada en 1948: *Estudios sobre el léxico de las fábulas esópicas*. Detrás de este título, al parecer tan específico, se escondía ya todo el amplio horizonte de intereses que moverán ulteriormente a Adrados. A la vez, se muestra allí la unidad de sus propósitos de investigador, siempre consciente de que tras cada hallazgo se abren nuevas perspectivas por donde

avanzar indefinidamente. Porque Adrados no se para nunca. Los obstáculos con que tropieza sirven de acicate para vencerlos y seguir adelante. Con clarividencia afirma: «siempre he tenido una confianza casi prerracional en que, estudiando, se pueden sacar nuevas conclusiones, en que éstas se ofrecen antes o después sin más».

En consecuencia, de aquel núcleo de la tesis doctoral, acrecido y desarrollado a lo largo de cuarenta años, han nacido, esplendorosos y compactos, los tres tomos de su *Historia de la fábula greco-latina*, donde se rebuscan los precedentes más antiguos tanto en las fiestas griegas como también en las culturas orientales, y se analizan sus vicisitudes en las épocas helenística, romana y medieval (ya en Bizancio, ya en Occidente). La trascendencia de esta obra y su repercusión en los medios internacionales pueden juzgarse sin más por el hecho de que en 1983 Adrados fue presidente del Simposio internacional sobre la fábula que, convocado por la Fundación Hardt, se celebró en Ginebra. La investigación de Adrados ha innovado completamente los estudios sobre ese género que, de ser originariamente popular y convertirse luego en literario, llegó a ser expresión de ciertas corrientes filosóficas, las cínicas. Desde sus orígenes mesopotámicos, a través de la antigüedad greco-latina, llega Adrados hasta el renacimiento, estudiando la larga evolución y transmisión de la fábula, sus múltiples relaciones, analizando también cada una (más de un millar) en todos sus aspectos externos e internos.

Para la culminación de este trabajo ingente han contribuido no poco otros estudios del propio Adrados sobre li-

teratura y pensamiento griegos. Me conformaré con citar algunos libros (que han alcanzado varias ediciones): *Fiesta, comedia y tragedia* de 1972, *Orígenes de la lírica griega* de 1976 y *El mundo de la lírica griega antigua* de 1981, obras en las cuales también ha seguido el curso de esos géneros literarios siglo a siglo desde sus antecedentes populares y tradicionales hasta las creaciones personales de los grandes poetas. La atención constante a estas cuestiones literarias se refleja también en las amplias aportaciones de Adrados en la extensa *Historia de la literatura griega* de 1988.

Del interés de Adrados por el mundo griego, el producto probablemente más difundido es el libro de 1964 titulado *Ilustración y política de la Grecia clásica*, reeditado varias veces con el título de *La democracia ateniense*. Ahí se examinan ciertos hechos históricos y el pensamiento de los filósofos y los poetas griegos siempre en conexión con los factores sociales. La preocupación de Adrados por estas cuestiones comenzó al traducir y estudiar a Tucídides, y luego se acreció con el cotejo interno entre las situaciones políticas que se viven en la actualidad con los problemas de la vieja democracia ateniense. Sin duda tiene razón Adrados al comentar que aquellos problemas «son en buena medida los nuestros; y sus hallazgos están presentes, desde entonces, en toda la vida social y política».

En su tesis doctoral también estaba ya patente otra de las facetas investigadoras de Adrados: la lexicografía. A esta área ha dedicado numerosos artículos y su libro en colaboración de 1977 *Introducción a la Lexicografía grie-*

ga, donde además se tratan problemas más generales. Sin embargo, lo más importante es el vasto proyecto concebido por Adrados en 1962 de un *Diccionario griego-español*. Hoy ya se han publicado tres volúmenes y su redacción en equipo bajo la vigilante dirección de Adrados sigue avanzando a buen ritmo a pesar de las dificultades prácticas. En este lexicón se trata de sumar al acervo tradicional de datos de los diccionarios griegos precedentes más acreditados, los nuevos materiales léxicos, y a la vez, revisar todo, corregir las citas de autores conforme a ediciones más modernas y fidedignas, ordenar todo coherentemente. El *Diccionario griego-español* supera en información a cualquier otro diccionario griego, porque cada artículo, junto con la ampliación de los datos léxicos, contiene precisas referencias a la prosodia, a las variantes gráficas o fonéticas, morfológicas o dialectales (sin olvidar los testimonios micénicos), y a la etimología. Con la ejemplificación de los usos de cada palabra, además, se logra la pertinente indicación de la función sintáctica. Incluye también una selección de nombres propios, con lo cual, sin recaer en abusivo enciclopedismo, el diccionario contribuye a fijar con claridad el ámbito cultural helénico, desde lo homérico hasta el tope final establecido, el siglo VI d.C. Es, pues, un diccionario pancrónico, que, por la exposición cronológica de los hechos, permite la visión diacrónica de la lengua griega.

Nos complace que un diccionario bilingüe como este, con toda su amplitud y su largo alcance, esté redactado y pensado en español. Con el sano orgullo y la seguridad so-

bria del trabajo bien hecho, piensa Adrados —y yo lo suscribo— que hay que ir rompiendo con el avasallador monopolio científico del inglés. En esencia, Adrados ha procurado organizar los hechos semánticos correspondientes a cada lema. Los lexemas de una lengua se estructuran en determinados sistemas de oposiciones más o menos intrincadamente. Las figuras de contenido, o semas, sirven, claro es, para distinguir unos lexemas de otros. Más, a menudo, hay lexemas que intervienen opositivamente en diferentes campos de contenido. En un diccionario monolingüe podría el lexicógrafo limitarse a definir cada lema mediante los rasgos de contenido pertinentes, y solo luego señalar los semas optativos que se realzan o quedan latentes según la combinatoria sintagmática. Pero en uno bilingüe el criterio que presida la descripción de los significados consistirá, como insiste Adrados, en partir de la forma propia de la lengua de salida, no desde la lengua de entrada. Evidentemente, de este modo, a veces se pondrán de relieve semas solo pertinentes en la lengua final, aunque en la de origen sean irrelevantes.

En este aspecto de las relaciones semánticas entre las dos lenguas, el *Diccionario griego-español* es una obra modélica. Partiendo de las distinciones griegas, las diferentes acepciones se van agrupando conforme a las distinciones que existen en español. En fin, no dudo en afirmar que la experiencia y los meditados criterios de Adrados para la confección de su *Diccionario*, serán de enorme utilidad en las tareas lexicográficas de esta casa.

Con el diccionario hemos entrado en otro aspecto de la actividad científica de Adrados: su dedicación a la lingüística. Dada su primera formación, no extraña que la lengua que le atrae sea la griega. Pero desde ella se interesa pronto por las demás de la familia indoeuropea, incluida la reconstrucción del indoeuropeo. Marginalmente nos hemos referido a su labor como traductor del griego (Tucídides, líricos, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes...) y de otras lenguas (como el sánscrito o el prácrito). Paulatinamente Adrados se elevó desde el estudio concreto de esta o la otra lengua a la consideración teórica de las lenguas, y desembocó en la lingüística general. En uno y otro campo su obra es amplísima. Mencionaremos solo alguno de sus libros, en los cuales siempre introduce una visión original de los problemas.

En lo que respecta a la reconstrucción fonética del estadio más antiguo del indoeuropeo ya publicó en 1961 un libro innovador: *Estudios sobre las laringales indoeuropeas*. Sugerido por la lectura de un artículo de Martinet, aporta un estudio detenido y personal. A pesar de resistencias entre la vieja guardia de los especialistas, la teoría de Adrados se ha ido refinando y cada vez encuentra más adeptos sobre todo por sus repercusiones morfológicas. Una nueva edición, en que se completan ciertos aspectos y se agregan otros trabajos afines, apareció en 1973: *Estudios sobre las sonantes y las laringales indoeuropeas*. En el mismo campo, muchas novedades traía también el libro *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*, de 1963, donde se recogían puntos de vista ya expuestos en artícu-

los previos (de 1950 en adelante) con clara orientación estructuralista. Todos estos hallazgos fueron reunidos en 1975 en su gran manual de *Lingüística indoeuropea*. Los temas tratados en estos libros se vuelven a estudiar junto con nuevos trabajos sobre el nombre y otras categorías en sus *Estudios de lingüística indoeuropea* de 1988.

Uno, que, repito, no es indoeuropeísta, admira el vasto panorama que con exposición gallarda, clara, traza Adrados de las lenguas indoeuropeas y de los estadios precedentes reconstruidos con pericia y perspicacia. Penetra uno en el profundo misterio de los largos siglos del pasado y queda prendido en el proceso de esas evoluciones rigurosas y apasionantes casi como relatos de ciencia-ficción. Ficción, digo, en el sentido positivo de lo que es verosímil, aunque por el momento carezca del certificado testimonial del documento. Porque Adrados, sin perder un adarme de rigor científico, sabe hacer partícipe al lector de su entusiasmo, y relata, con vívida prosa como si hablase con fervor, los avatares de las laringales, por ejemplo, y las resucita desde las vacilantes huellas del hetita y de la pálida sombra que han dejado en el timbre vocálico y la cantidad del contexto. Desde nuestra ignorancia, no podemos menos de exclamar: *se non è vero, è ben trovato.*

Al dominio de la lingüística general pertenece otra amplia obra de Adrados, sin duda más afín a mis tareas: el libro de 1969 *Lingüística estructural*. Su redacción sería inducida por las meditadas reacciones que a un lingüista de formación tradicional le fueron sugiriendo los nuevos métodos que en esta y la otra orilla de la mar océana fueron

desarrollándose desde las obras de Saussure y de Sapir y Bloomfield. A Adrados no le ha deslumbrado nunca ninguna novedad. Con sentido muy crítico y objetivo ha asimilado todo lo nuevo de los métodos en general estructuralistas, y, siempre independiente, recoge de todo ello lo que considera pertinente y útil. De este modo, en su libro, expone con claridad las opiniones de los seguidores diversos de los caminos estructuralista, funcionalista, descriptivista, y tampoco se permite renunciar al esfuerzo de enterarse (y hacer entenderlos al prójimo lector) de los propósitos de la presuntamente revolucionaria gramática transformativa (y sus ulteriores secuelas). Todo se recoge con exactitud y con equilibrio, dando a cada uno lo suyo. Como él mismo dice, pretendió con este libro ofrecer una síntesis del estado actual de los nuevos métodos adoptando un criterio estructuralista «moderado y realista»; conservó una lógica ponderación entre los puntos de vista diacrónico y sincrónico, sin omitir la consideración de los aspectos semánticos y de los usos literarios y estilísticos de la lengua. Aunque se han publicado otros manuales de parecidas intenciones, no creo que el de Adrados, amplio y concreto, denso y claro, haya sido superado. Por otra parte, incluye los resultados de sus propias investigaciones sobre diversos problemas expuestos en el libro. Mencionemos aún en este campo sus publicaciones posteriores: *Estudios de lingüística general* (1974), *Estudios de Semántica y Sintaxis* (1975), *Nuevos estudios de lingüística general* (1988).

No han escapado de la atención de Adrados algunos aspectos de la literatura española, casi siempre en relación con temas clásicos. Recordemos sus artículos sobre la relación de la *Ilíada* con el *Zalacaín* barojiano, sobre «La épica romance a la luz de la épica indoeuropea», o los surgidos como consecuencia de sus estudios sobre la fábula: así las relaciones de la *Vida de Esopo* con la de *Lazarillo* o con el *Libro del Buen Amor*, o la investigación de fuentes de las fábulas del Arcipreste. Dentro de lo hispánico no faltan tampoco artículos históricos o lingüísticos: los juveniles sobre la *fides* ibérica o sobre las rivalidades entre las tribus del nordeste español, y en fin sus aportaciones a la interpretación del bronce de Botorrita.

Poco diré ya, para terminar, del discurso del nuevo académico. Sobran los comentarios. Subrayaré dos cosas: una, la certera y emocionada rememoración del gran Dámaso Alonso, antecesor inmediato en su sillón; otra, la agudeza y la objetividad con que ha analizado la consideración de la lengua entre encomios e improperios a lo largo del decurso histórico desde la antigüedad. Queda patente —nos dice— que la lengua «ha sido siempre, continúa siendo el gran instrumento de conocimiento, de expresión, de influjo voluntarista del hombre. No es un instrumento exento y aséptico, un sistema cifrado en sí mismo con alma puramente matemática. Es un intermedio entre varios mundos, está ligada a demasiadas cosas. Está, sobre todo, ligada al hombre mismo. Su grandeza y su debilidad, su arcaísmo y su creatividad, su logicismo y su antilogicismo, su universalidad y su particularismo, su cla-

ridad y su ambigüedad, su indefinición y su insistencia, su limitación y su infinitud, son cosas propias del hombre. ¿Cómo podría ser de otro modo si el hombre se hizo hombre desde que se hizo un ser que habla?».

Señores Académicos: este rápido y escueto resumen de la actividad científica de Adrados no es suficiente para resaltar las virtudes que le adornan y que desde ahora extenderán su benéfico influjo en esta Casa. La extraordinaria capacidad de trabajo de Adrados y su exclusiva ocupación científica parecen colocarlo fuera del mundo cotidiano. Y no es así. Aunque él dijera, en ocasión ya añeja, tentado por sirenas, rodeado de libros, que su mundo era ese, el de los libros; lo cierto es que siempre —lo ha demostrado— ha estado a la altura de las circunstancias, siempre en vigilia y observando el entorno más o menos adverso que nos ha cabido en suerte. Desde el principio, se ha impuesto la exigencia de su labor proseguida sin desmayos. La ciencia no es entretenimiento para ir matando las horas fugitivas. La ciencia ha sido y es para Adrados la propia sangre del espíritu: un impulso ferviente, natural, inevitable, que arrastra sin tregua. ¡Con cuánta resignada envidia contemplamos su avance seguro y optimista por la senda áspera y gratificante de la ciencia, con ímpetu uniforme, mantenido contra viento y marea, renaciendo sin cesar de la propia inercia creadora! «Ni más ni menos: más», que dijo el poeta.

Termino felicitando a la Academia por las perspectivas dichosas que nos promete el nuevo académico. Y a ti, querido Adrados, en nombre de todos, y con la emoción de la amistad añosa, te doy la bienvenida a esta Casa.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN MADRID
EL DÍA 29 DE MARZO DE 1991,
LXIX ANIVERSARIO DEL AUTOR,
EN EDICLÁS,
MAGNOLIAS 9.